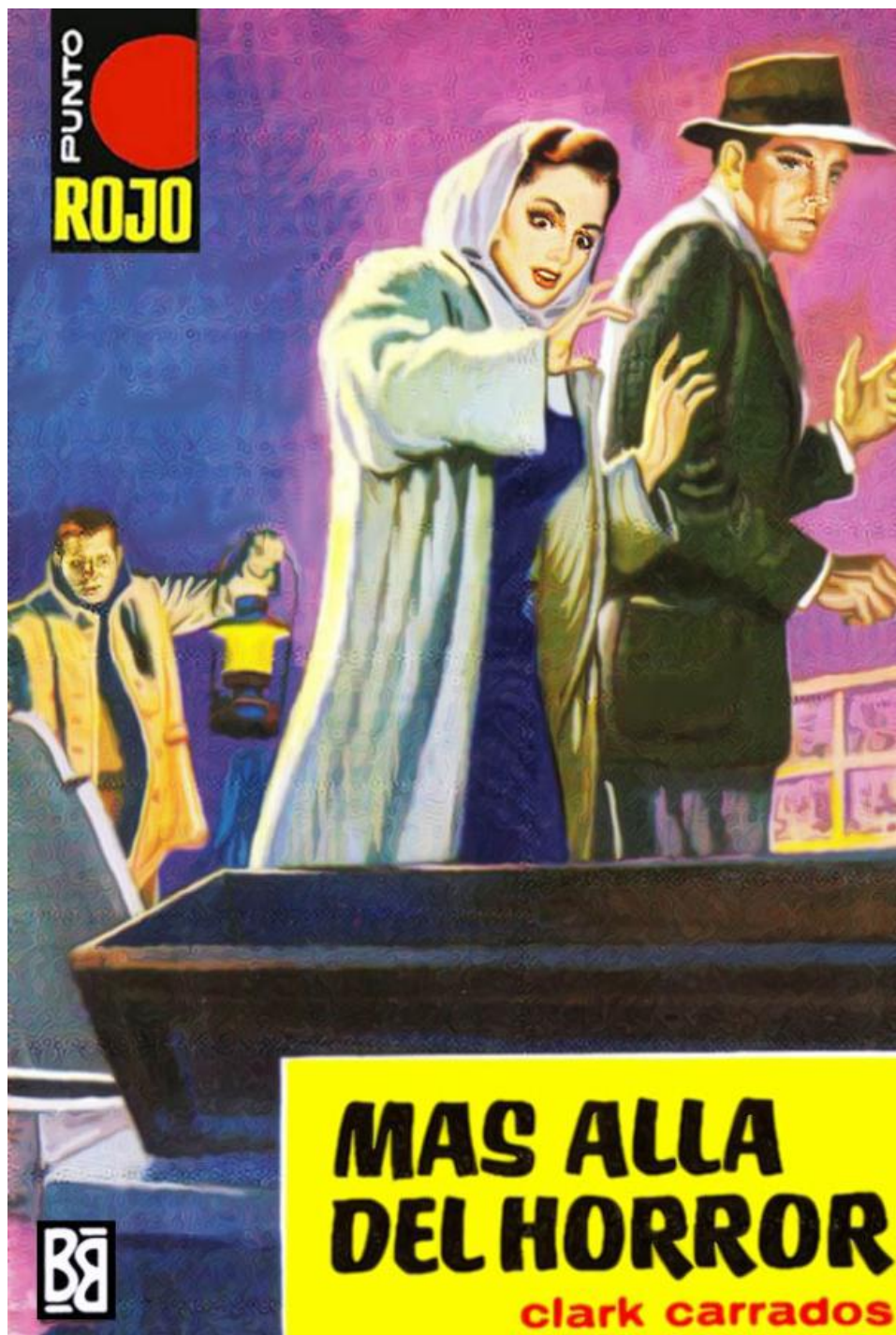


PUNTO
ROJO



MAS ALLA DEL HORROR

clark carrados

MAS ALLA DEL HORROR

CLARK CARRADOS

**MAS ALLA
DEL HORROR**

Colección PUNTO ROJO n.º 74

Publicación semanal

Aparece los SÁBADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 19211 - 1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

PRIMERA EDICIÓN: SETIEMBRE 1963



CLARK CARRADOS - 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 3617/63

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección BISONTE:
813 — Trampa mortal.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
681 — La estatua y la charca
- En Colección BUFALO:
508 — Las armas del diablo.
- En Colección TEXAS:
336 — Entiérrame hondo.
- En Colección CALIFORNIA:
357 — Violencia bajo el sol.
- En Colección COLORADO:
289 — Río satánico.
- En Colección KANSAS:
346 — La herradura mellada.
- En Colección PUNTO ROJO:
72 — El reloj acusador.
- En Colección BRAVO OESTE:
114 — La mecha y el barril.

Más allá del HORROR

por CLARK CARRADOS



CAPÍTULO PRIMERO

Pedaleando vigorosamente en su vieja pero confiable bicicleta, la voluminosa señora Branthill regresaba a su casa.

La noche había cerrado hacía ya un par de horas. Durante el día había llovido intensamente, pero al atardecer, el cielo se había despejado y la temperatura había aumentado un tanto. Pese a todo, la carretera estaba aún brillante y húmeda por la lluvia.

El trabajo de la señora Branthill consistía, desde hacía un cuarto de siglo, en ayudar a aumentar el censo de ciudadanos del Reino Unido. La señora Branthill se sentía un tanto enojada, dado que la llamada que había motivado su salida se debía a una falsa alarma. Los esposos Haggett, él mucho más que ella, naturalmente, eran muy aprensivos. Se comprendía, dado que era la primera vez que ambos se encontraban en un trance similar. La señora Branthill se dijo que era preciso disculparlos en atención a las circunstancias. Su experiencia de un cuarto de siglo en tales menesteres le había hecho saber que el bebé de los Haggett no empezaría a alborotar este pícaro mundo antes de una semana. La señora Haggett tenía fama de comilona, de modo que no era extraño que estuviese padeciendo los efectos de una digestión particularmente laboriosa. Éstos y no otros habían sido los motivos de la alarma.

Pero la señora Branthill, había debido desplazarse a tres millas de Kirlboro, la pequeña población donde residía, hasta Haggett Court, que tal era el nombre de la granja donde residía el matrimonio citado. Entre ir y venir se le había hecho de noche y aunque no sentía miedo alguno en particular a las tinieblas, tenía ya vivos deseos de hallarse en su domicilio, ante una buena sopa y delante del receptor de televisión. La señora Branthill era muy poco amiga de perderse su programa favorito de la

B. B. C.,

T. V., el *show* de Lina Kay.

El farol de la bicicleta alumbraba el camino lo suficiente para no irse de cabeza a la cuneta, aparte de que la señora Branthill lo conocía sobradamente para sufrir despistes poco agradables. A derecha e izquierda de la carretera, no muy ancha, la vegetación era muy espesa.

De pronto, cuando había recorrido ya la mitad del camino, una sombra fantasmagórica cruzó la carretera por delante de la bicicleta, a menos de diez metros de distancia, justo en el borde del haz de rayos del farol. Éste no era muy potente y por ello la señora Branthill dudó de lo que estaban viendo sus ojos.

La sombra atravesó la carretera, dando unos saltos muy extraños, con notable rapidez, a la vez que hacía un ruido rarísimo, como de unas tablillas de madera o unas castañuelas hechas sonar sin ritmo ni concierto. La señora Branthill aplicó el freno con tal brusquedad que estuvo a punto de saltar por encima del manillar de la bicicleta.

Sintió que el corazón amenazaba con salirse del pecho. A ella no le desagradaba una copita de cuando en cuando y en Haggett Court había tomado dos de un excelente aguardiente de cerezas que fabricaban los dueños. Pero la cantidad de alcohol ingerida resultaba insuficiente para hacerle ver visiones donde no las había.

Mejor dicho, donde no debiera haberlas, porque, pese a sus cincuenta y pico de años, la vista de la señora Branthill era excelente. Y lo que acababa de contemplar, aunque en la rápida fugacidad de un par de segundos solamente, era una espantosa visión de un más allá del horror, algo que no podía concebirse como existente en este mundo. Pero no, no había la menor duda: la señora Branthill había visto bien, demasiado bien, aquel horror.

La buena mujer tragó saliva, temblando como hoja seca en el viento. Trató de convencerse a sí misma de que no estaba despierta, sino en su cama y soñando alguna pesadilla, pero, lamentablemente, se hallaba en el pleno uso de sus facultades.

El extraño tableteo se repitió. Instintivamente, la señora Branthill miró hacia el lugar donde se producía el ruido.

Dos luces fosforescentes, de un color entre amarillo y verdoso, brillaban al borde de la carretera, al otro lado de un seto vivo de

sesenta o setenta centímetros de altura. El brillo de aquellas luces oscilaba ligeramente, como si fuera producido por unas lámparas conectadas a una línea de suministro deficiente.

El siniestro tableteo se acentuó de pronto. Otras dos luces aparecieron junto a las primeras. La señora Branthill sintió pánico, verdadero y absoluto pánico. Sentóse de nuevo en el sillín y dio el primero y vigoroso golpe de pedal.

En el momento que lo hacía, dos cosas saltaron a la carretera. La señora Branthill lanzó un grito espantoso al ver que aquellas dos cosas se le arrojaban encima, con el ímpetu de unas fieras hambrientas. Su grito quedó cortado de pronto cuando algo parecido a unas tenazas con dientes de sierra le rasgó la piel de la garganta. Al mismo tiempo que sentía un vivísimo dolor en la parte afectada, notó su nariz penetrada por un olor repugnante, fétido, de cosa muerta y, sin embargo, viviente... horriblemente viviente.

Después, la oscuridad absoluta cayó sobre ella.

CAPÍTULO II

El comisario Mac More, jefe de la División Especial de la Jefatura de Policía de Glasgow, releyó atentamente una vez más el informe que tenía sobre la mesa.

Frunció el ceño. Lo que estaba leyendo le parecía demasiado fantástico para tomarlo en cuenta, producto, sin duda, de la fabulosa imaginación de un policía de aldea, ahíto quizá de cerveza o de aguardiente de cerezas. Estuvo tentado de enviar el informe a la papelera, pero se contuvo.

No podía hacerlo. Si el agente insistía en enviar un nuevo informe, quejándose de no haber sido atendido la primera vez, sus superiores podían darle un disgusto. Mac More estaba demasiado bien considerado en la policía de Glasgow como para someterse voluntariamente a una reprimenda. A sus cincuenta años se consideraba aún joven —su cuerpo lo estaba, relativamente—, y confiaba en alcanzar antes de un lustro el cargo de jefe de policía de Glasgow. Aunque sólo fuera por puro egoísmo, debía atender la desesperada súplica de Angus Mac Dugan, único agente de policía de la pequeña aldea de Kirlboro.

Tocó el timbre. Una robusta mujer, con el uniforme de la policía apareció en el despacho.

—Hadford, hágame el favor de buscar al inspector Firthbry. Lo necesito cuanto antes. Es urgente.

—Sí, señor —contestó la mujer.

Mac More leyó el informe por cuarta vez. Luego levantó un papel de estraza que cubría un objeto oblongo, de color blanco, de unos treinta centímetros de largo, por diez de grueso y otros tantos de ancho. Estuvo contemplando aquella especie de ladrillo hasta que golpearon unos nudillos en la puerta de entrada a la oficina.

—Adelante.

Un joven entró en el despacho. Era de buena estatura, fornido, de rostro inteligente y atractivo, cabellos claros y ojos azules. Cruzó la estancia y se detuvo ante la mesa.

—¿Me mandó llamar, señor? —dijo el inspector Firthbry.

—Sí —suspiró el comisario—. Siéntese, muchacho.

Firthbry obedeció. Mac More le entregó un cigarrillo. Los dos hombres fumaron.

—He recibido un informe procedente del agente Angus Mac Dugan, jefe de policía de Kirlboro. Es un tanto extraño, fantástico y absurdo, diría yo, pero no podemos desatenderlo.

—¿De qué se trata, señor? —preguntó el joven.

Mac More le entregó el documento.

—Torne, léalo usted mismo, Firthbry.

El joven se sumió en la lectura del informe. Al terminar, cinco minutos después, dijo:

—Es verdaderamente extraño, señor.

—Lo mismo he pensado yo desde el primer momento, muchacho. Pero tenemos que enviar a alguien a Kirlboro y por ello he pensado en usted.

—Le agradezco el honor que me dispensa, señor... aunque, francamente, dudo mucho de llegar a conseguir algo. Debe tratarse sin duda de algún lobo, quizá un jabalí...

—Firthbry, me temo que usted no ha leído bien el informe. El cuerpo de la señora Branthill apareció completamente exangüe. Un felino carnívoros, caso del puma o de la pantera, suele matar principalmente por la sangre de sus víctimas; pero en Kirlboro, en los Montes Grampianos, no se dan esa clase de animales. Por otra parte, hace muchísimos años que no ha aparecido un circo por allí, con lo que la hipótesis del felino escapado de su jaula queda descartada por completo.

Con gesto meditabundo, Firthbry volvió a leer la última parte del informe.

—Desangrada —repitió—. Si fuéramos supersticiosos, podríamos hablar de vampiros, señor.

—Los vampiros no existen, aunque es preciso reconocer que en esa comarca son bastante supersticiosos. No, la muerte de la señora Branthill ha sido causada por un animal que desconocemos todavía.

—¿Un animal? ¿Y no podría tratarse de un maniático, armado con algunas tenazas dentadas o algo por el estilo?

La hipótesis queda descartada también por la falta total de sangre en el cuerpo de la víctima. —Mac More hizo un gesto de asco—. No faltan los maniáticos atacados de vampirismo, aunque son más bien casos raros. De todas formas, se necesitaría un estómago descomunal para poder ingerir casi cinco litros de sangre. Además ni los vampiros dejan huellas, ni las personas que las dejan o los lobos o los jabalíes pisan de esta manera. Vea usted, Firthbry.

Mac More levantó el papel y le enseñó el ladrillo de yeso en cuyo centro se veía la impronta de una rarísima huella de forma alargada, de unos quince centímetros de longitud, por dos de ancho. La huella era de sección angular y en los bordes se divisaban unas menudas estrías, unidas a la misma en dirección oblicua y transversal.

—Parece la representación convencional del extremo alado de una flecha —opinó el joven.

—El agente Mac Dugan es un hombre emprendedor. He hablado con él por teléfono y me ha dicho que llovió casi todo el día, de modo que tras mucho investigar en torno al lugar del suceso, consiguió hallar esa huella. Vio también algunas pisadas de hombre, pero demasiado confusas para poder obtener un molde de yeso Mac Dugan sostiene la teoría de que alguien estuvo en el lugar del suceso después de ocurrir la muerte de la señora Branthill y que ese alguien estuvo borrando cuidadosamente todas las señales que pudo encontrar. Naturalmente, era de noche y una huella se le escapó La reproducción de esa huella es la que tenemos delante, amigo Firthbry.

El joven examinó atentamente la huella, mientras se pellizcaba el labio interior con gesto preocupado.

—La verdad —dijo—. No se me alcanza qué clase de animal pueda dejar un rastro semejante.

—Por eso le envío a usted a Kirlboro, Firthbry Espero que no deje en mal lugar al departamento y me traiga resuelto el caso antes de una semana. Su hoja de servicios es demasiado buena para que no confíe en usted, muchacho.

—Mil gracias, señor —contestó el joven—. Aunque en esta ocasión no se trata de un crimen vulgar y corriente, dentro de lo

misterioso.

—Por la misma razón, estamos muy interesados en resolver este enigma. Usted lo conseguirá, estoy seguro.

El joven lanzó un profundo suspiro.

—¡Ojalá! —exclamó. Luego sonrió levemente—. Cuando menos, tenemos que encomiar el patriotismo del agente Mac Dugan. Nos ha llamado a nosotros en lugar de llamar a Scotland Yard.

—He aquí el segundo motivo por el cual le envío a usted, Firthbry. Si tardamos mucho en resolver el caso, la noticia podría hacerse pública y entonces, Scotland Yard nos «ofrecería» gentilmente sus servicios, con el demerito consiguiente para la División. Esto es algo que hemos de evitar a toda costa, ¿comprende?

—Sí, señor.

El cajero tiene orden de facilitarle a usted los fondos necesarios. Tome también un coche del departamento, pero procure que no sea demasiado vistoso.

—Sí, señor.

Mac More se levantó y estrechó la mano del joven.

—Firthbry, confío en usted. No nos defraude, por lo que más quiera.

—Haré lo que me sea posible, señor. Y una vez más gracias por haberse acordado de mí. ¿Podría llevarme una copia del informe?

—Por supuesto. Hadford se la redactará mientras usted visita al cajero. Adiós, Firthbry.

—Adiós, señor.

CAPÍTULO III

Mientras rodaba a una marcha moderada en dirección a Kirlboro, el joven iba pensando en la extraña misión que le había sido confiada el día anterior. Una mujer muerta en circunstancias violentas, demasiado violentas a su entender. Pero lo que más le extrañaba de todo era que el cuerpo hubiera aparecido completamente desangrado. Como el comisario Mac More había dicho acertadamente, por aquellos parajes sólo podían aparecer lobos y jabalíes... en tiempo excepcionalmente duro, no ahora cuando la primavera, después del terrible invierno padecido, el más frío del siglo, se anunciaba radiante y esplendorosa.

Atravesó el puente sobre el Forth, la fabulosa construcción de hierro que inútilmente habían intentado batir los aviadores hitlerianos, y se adentró por las Tierras Bajas, en dirección a Perth. Los campos, acusando la llegada de la primavera, se manifestaban en todo su gloriosa maravilla florida, después del interminable letargo invernal. Bajo el radiante sol de mediados de abril, Firthbry conducía a una marcha moderada, mientras tataraba entre dientes una cancioncilla de moda.

A las diez y media de la mañana atravesó Perth, adentrándose en el Strathmore. La carretera seguía aproximadamente el curso del Tay. Al fondo se veía la mole azulada, irregular, de los Grampianos, con la depresión en su centro del Paso Drumochter. Pronto alcanzó la desembocadura del Rannhoch. Poco más allá, la carretera hacía una desviación hacia el oeste. Un cartel indicaba que Kirlboro quedaba a cinco millas de distancia.

Eran las doce del mediodía cuando llegó a Kirlboro, una aldea pequeña pero bien cuidada y de limpio aspecto. Los caminos eran estrechos y flanqueados por espesas masas de árboles y vegetación.

A lo lejos, entredós colinas, divisó la lámina de plata del Loch Mairn.

Se apartó a un lado para dejar paso a una carreta pesadamente cargada con la primera cosecha de heno del año, tirada por dos bueyes melancólicos. El campesino le miró con cierta hostilidad. Firthbry no hizo demasiado caso; él era también buen escocés para no conocer el carácter retraído de los aldeanos, por lo menos, hasta el momento en que los conocimientos se hacían más amplios.

Kirlboro estaba en el fondo de un pequeño valle defendido por tres colinas redondeadas y cubiertas de vegetación, a dos millas de distancia del Loch Mairn. A pocos pasos de la entrada vio un amontonamiento de piedras en forma de pirámide; era el clásico *cairn* escocés, el monumento funerario o que señalaba cualquier efemérides digna de recordarse por los habitantes de la aldea.

Las casas eran bajas, uno o dos pisos, y las vigas aparecían al exterior, bajo los tejados inclinados, la inmensa mayoría de gris pizarra. Las contraventanas, abiertas hacia el exterior, aparecían pintadas en colores vivos: rojo y azul, blanco y amarillo, blanco y verde... según el color del clan escocés a que pertenecía el dueño de la casa. Esto era típico de las aldeas, del interior, pensó el joven.

La muestra de una posada le salió al paso. Era una plancha de metal pendiente de una barra de hierro incrustada en la pared. El título era altamente sugeridor: «Las armas de Kirlboro». En el lado izquierdo del cartel, se veían una espada de plata y un hacha de oro, ambas con la empuñadura y el mango en rojo y cruzadas en panoplia. Con aquellas armas, los belicosos antepasados de los actuales habitantes de Kirlboro habrían realizado sus legendarias peleas en defensa de María Estuardo.

Detuvo el coche ante la posada, un edificio algo mayor que el resto de los que componían el conjunto. Aplicó el freno y quitó la llave de contacto. Luego saltó al suelo.

Penetró en la posada. La parte inferior, lógicamente, estaba destinada a bar. Había un mostrador de madera de roble, patinada y brillante, media docena de mesas y sus correspondientes sillas y en uno de los rincones, el típico círculo rojo y blanco con los dardos que a la noche lanzarían los jugadores habituales.

Detrás del mostrador había una pequeña puertecita de madera, cerrada en aquellos momentos. A la derecha, una estrecha escalera

desaparecía en el techo de gruesas vigas. Seguramente, pensó el joven, conducía al piso superior.

Firthbry se inclinó sobre el mostrador y tomó una cucharilla de las que había al otro lado, con la cual golpeó un vaso dos o tres veces. Esperó.

La puertecita se abrió de golpe, al mismo tiempo que se oía la fresca voz de una muchacha, la cual, no obstante, sonaba en aquellos instantes con cierto tono de irritación.

—¡Y yo te digo, papá, que si los de Rhynie Court quieren aguardiente de cerezas, que vengan ellos a buscarlo! No iré allí ni aunque me lleven encadenada, te lo aseguro...

La muchacha se volvió, enfrentándose con Firthbry. Abrió mucho los ojos, grandemente sorprendida de verse ante un extraño.

—Oh, dispénsame —dijo, un tanto desconcertada.

Era de cabellos muy negros y ojos vivos y despiertos, de facciones agraciadas y líneas esbeltas. Parecía tener unos veintidós años y vestía con cierta modestia, no exenta de buen gusto y, por descontado, de limpieza. No usaba afeites y el vivo carmín de sus labios era enteramente natural, así como el ligero rosado de sus mejillas, de piel suave y aterciopelada.

—No tiene importancia, señorita —contestó el sonriendo—. Solamente deseaba inscribirme como huésped unos días en la posada. Es decir, si ustedes no tienen inconveniente.

—En absoluto, señor. Me llamo Enna Mac Aulry y soy hija de Lindsay Mac Aulry. ¿Cómo está?

—Encantado de conocerla, señorita Enna —respondió el joven—. Mi nombre es Donald Firthbry, de Glasgow. Pienso estar en Kirlboro una semana, aproximadamente.

—Nos complacerá mucho tenerle a usted, señor Firthbry —contestó la muchacha. El enfado se le había pasado y ahora lucía una deslumbrante sonrisa—. Le traeré el libro para que se inscriba.

Por supuesto. Mientras, entraré el equipaje.

—Oh, no se preocupe usted —dijo ella—. Mi padre lo hará. —Abrió la portecita y llamó—: ¡Papá, sal!

Un hombre apareció a los pocos momentos. Era de mediana estatura y aspecto bonachón, recién rebasado el medio siglo de edad.

—Es el señor Firthbry, de Glasgow, papá —dijo la muchacha—.

Señor Firthbry, mi padre.

El joven alargó su mano.

—¿Cómo está usted, señor?

—Mucho gusto, señor Firthbry —contestó el posadero—. Celebro verle por Kirlboro, aunque ésta no es la mejor época para descansar. Tendría usted que haber venido a mediados de agosto, pero puede que para entonces no hubiera encontrado un cuarto disponible. De todas formas, ya que está aquí, procuraremos hacerle la vida agradable. Enna, hija, acompaña al señor a la habitación del ángulo del lago. Es la mejor de todas, la que posee una mejor orientación y, naturalmente la de mejores vistas. Le cobraremos tres libras y cuatro chelines por una semana, todo incluido.

El señor Mac Aulry parecía muy charlatán, cualidad que observó el joven complacidamente, aunque sin hacerlo resaltar.

—Es usted muy amable —elogió.

—Le subiré las maletas a su cuarto. Mientras, Enna puede acompañarle...

El posadero se interrumpió de repente. La sonrisa acababa de borrarse de su rostro. Firthbry estaba al lado de Enna y vio que la muchacha dejaba de sonreír también.

Miró hacia la puerta. Una mujer joven acababa de penetrar en la posada. Era alta y delgada, de gran esbeltez y formas si no muy acusadas anatómicamente, sí firmes y compactas. Tenía los cabellos de un extraño tono cobrizo, intensamente metálico, y la piel muy blanca. Sus ojos eran enormes, profundos, de mirada magnética, acentuada por unas pupilas de color violeta de cambiantes tonalidades según la cantidad de luz que recibían.

La mujer vestía un sencillo traje oscuro, sin el menor adorno, salvo una gran piedra verde en un anillo en su mano izquierda. Sus uñas estaban pintadas con una laca de color rojo sangre. En la mano derecha llevaba un pequeño bolso de, piel negra. Firthbry calculó su edad en unos veintisiete magníficos años, a juzgar por la gran belleza de sus facciones.

La mujer llegó al centro de la taberna y se detuvo, haciendo una ligera flexión de cabeza.

—Buenos días, señor Mac Aulry —saludó gentilmente—. ¿Cómo están? Hola. Enna.

—Buenos días, señora Campbelton —contestó el posadero

esforzándose por recobrar la serenidad perdida momentáneamente —. ¿Y el doctor Kirra? ¿Se encuentra bien?

La mujer sonrió levemente.

—El estado de salud del doctor Kirra es perfecto, a Dios gracias —contestó la mujer. Su timbre de voz era dulce y argentino, pero latía en el fondo del mismo una inocultable nota de energía y autoridad que no escapó a la perspicacia del joven Firthbry—. Está ligeramente enojado con usted, señor Mac Aulry.

—¿Enojado conmigo? —El posadero se llevó ambas manos al pecho—. ¡Señora Campbelton, no comprendo...!

—Usted prometió enviarle anteayer una garrafitita del aguardiente de cerezas que tanto le gusta y no lo ha hecho —atajó la mujer—. El estómago del doctor se resiente si después de cada comida no se toma una copita de ese licor.

—Lo... lo siento de veras, señora Campbelton. —Mac Aulry se deshacía en excusas—. Ahora... ahora mismo irá mi hija Enna a llevárselo y...

—¡Papá! —le interrumpió la muchacha, furiosa—. Te dije antes que yo no quería ir a Rhynie Court por nada del mundo.

—¡Enna! Tú harás lo que yo te diga —exclamó autoritariamente el posadero—. Pues no faltaría más.

—Por favor, señor Mac Aulry —terció la mujer, sonriendo encantadoramente—. Hágame el favor de tener la garrafa preparada; voy a hacer unas compras y la recogeré a mi vuelta. Yo misma la llevaré a Rhynie Court en el coche. Ah, y téngame preparada la factura.

—Sí, señora Campbelton, así lo haré. Y le ruego me dispense por haber enojado al doctor. Dígale en mi nombre que un día de estos iré personalmente a pedirle excusas. Salude al doctor, señora Campbelton, se lo suplico.

—No es necesario, señor Mac Aulry —dijo ella—. Muchas gracias por todo y hasta luego.

Inclinó ligeramente la cabeza, giró sobre sus talones y salió de la posada. El dueño sacó un gran pañuelo de hierbas y se lo pasó por la cara.

—El ama de llaves o algo peor —dijo Enna agriamente.

—¡Enna! —gritó Mac Aulry—. ¡Te prohíbo que hables de esa manera!

—¿Acaso se desvirtuará la verdad porque me calle? —contestó la muchacha. Se volvió hacia el joven—: Por aquí, señor Firthbry.

—Muchas gracias señorita —contestó él, siguiéndola hacia la escalera.

Enna le precedió hasta su habitación, mientras el posadero salía en busca del equipaje del joven. La muchacha abrió la puerta y pasó al interior.

—Éste es su dormitorio, señor Firthbry.

—Muchas gracias, señorita —dijo él, examinando rápidamente la estancia, situada en un ángulo de la posada, con ventanas en cada lado, de modo que podía mirar en dos direcciones distintas. El suelo era de brillante *parquet*, oscuro y patinado por el tiempo, lo mismo que las vigas del techo. La cama era enorme, alta, sostenida por cuatro columnas de estilo salomónico, con un medio dosel en la cabecera. Al lado había una puertecita que comunicaba con el cuarto de baño y, en el lado opuesto, un gran armario de nogal tallado. El conjunto resultaba agradable, precisamente por su misma simplicidad, dentro del mesurado anacronismo de la decoración. En cuanto al panorama que se divisaba desde las ventanas, no podía ser más agradable de contemplar.

—Me gusta —declaró al cabo.

—Lo celebro —sonrió Enna—. Es la mejor habitación de la posada. —Con fino humorismo, añadió—: En el «Garitón» de Edimburgo le llamarían la *suite* real. Es la única que tiene baño propio.

—Gracias por la distinción —repuso Firthbry, en el momento en que Mac Aulry penetraba con una maleta y un maletín en las manos.

—Su equipaje, señor —dijo—. Enna, vámonos; hemos de preparar el licor para el doctor Kirra. Mucho gusto en conocerle, señor Firthbry.

—Adiós, señor Mac Aulry. Adiós, señorita.

Al quedarse solo, el joven empezó a deshacer el equipaje. Una de las cosas que primero sacó de la maleta fue un revólver. También tenía un par de potentes prismáticos de Marina, pero antes de ponerse a actuar, juzgó oportuno darse un buen baño. Después de cuatro o cinco horas de viaje, lo estaba necesitando.

CAPÍTULO IV

A través de los prismáticos, el joven escrutó el panorama que se divisaba desde la ventana que daba al sur. Entre dos colinas, a unas dos millas de distancia, quizá algo menos, se divisaba un lago de regulares dimensiones, el Loch Mairn, según recordaba él de su estudio del mapa de la región. A la izquierda y más cerca de la aldea, se divisaba una masa de árboles, semioculta por una de las colinas, de la cual sobresalían dos torrecillas puntiagudas, de tejado de pizarra, y un trozo de edificación, cuyo estilo no supo adivinar el joven, ya que lo poco que se veía era insuficiente para establecer un elemento de juicio.

Cerca de las colinas, pasaba una carretera, casi escondida por los árboles que la flanqueaban, en dirección norte. Al llegar a la primera vaguada, había un desvío, el cual debía conducir sin duda al lago y a la mansión que había al otro lado de la colina de la izquierda. Con el fondo de los Montes Grampianos, el paisaje resultaba hermoso y atractivo en extremo. Pero en invierno, pensó Firthbry, debía resultar tétrico y nada agradable de contemplar.

De pronto sonaron unos nudillos en la puerta. Firthbry se volvió.

Anduvo hacia la puerta. Antes de llegar a ella, guardó los prismáticos bajo la almohada, donde ya tenía escondido el revólver que había traído. Ordinariamente, el joven actuaba desarmado, pero debiendo enfrentarse con unas fieras de género desconocido, no había querido pecar de imprevisión.

Abrió la puerta. Un hombre, vestido de uniforme, con una cartera de cuero negro bajo el brazo, apareció ante su vista. El uniforme no estaba muy brillante y su dueño llevaba la barba un tanto descuidada, extremos ambos que no complacieron demasiado a Firthbry, poco amigo del desaliño en el vestir y en la apariencia.

—¿Inspector Firthbry? —dijo el sujeto especulativamente.

—Sí —contestó el joven en tono similar.

—Soy el policía de Kirlboro. Angus Mac Dugan. ¿Cómo está, señor Firthbry?

—Perfectamente. Encantado de conocerle, señor Mac Dugan. ¿Quiere pasar?

—Gracias.

El policía local entró. Firthbry cerró la puerta. Miro a Mac Dugan y se dio cuenta de que éste observaba detenidamente la estancia. Esperó a que el sujeto hubiese terminado su requisa visual.

—Bien, inspector —dijo el policía—, no sabe qué alivio es para mí tenerle en Kirlboro.

—Muy amable, señor Mac Dugan —contesto el joven Me gustaría escuchar de sus propios labios una narración del suceso, lo más detallada posible.

—Por supuesto, aunque, la verdad, no hay mucho que contar. Encontramos a la señora Branthill a milla y media de la aldea, cuando su esposo empezó a impacientarse por su tardanza en regresar. La señora Branthill había ido a asistir a una mujer en trance de alumbramiento, la señora Haggett, de Haggett Court, precisamente una de las pocas granjas de la periferia que disponen de teléfono. El señor Branthill se extrañó de que su esposa no le hubiera avisado por teléfono de que pensaba pasar la noche en Haggett Court; usted ya sabe lo que sucede en ocasiones semejantes, cuando la cosa se presenta difícil. Cuando esto ocurre y el lugar dispone de teléfono, la señora Branthill avisaba a su esposo...

Firthbry soportó estoicamente la incansable verborrea del policía local, quien, para pronunciar una frase que mereciera la pena, daba mil rodeos.

—... El caso es que, alarmado, el señor Branthill vino a verme. Yo estaba en la posada, charlando con el dueño y tres o cuatro amigos. Los Haggett habían dicho que la señora Branthill había dejado su granja a las ocho de la noche. Eran ya cerca de las doce, una hora desusada para estar en pie...

Firthbry encendió un cigarrillo. El agente local se lo rechazó; si fumaba, no podía hablar y, a lo que parecía, hablar era algo que le encantaba particularmente.

—... Salimos todos y caminamos en dirección a Haggett Court.

Íbamos provistos de linternas, naturalmente. A milla y media encontramos el cuerpo de la pobre señora Branthill. Era un espectáculo nada agradable, se lo aseguro a usted.

—Me lo imagino —contestó el joven cortésmente.

—Fue una desgracia muy sentida, y más por las circunstancias en que se produjo, inspector. La señora Branthill era muy apreciada en Kirlboro y ahora uno de nuestros más graves problemas es encontrarle una sustituta. Hay tres o cuatro señoras en estado de buena esperanza y su muerte nos plantea un problema verdaderamente difícil, porque cuando llegue el momento crítico para esas buenas mujeres, no sé quién las va a atender.

—El médico de la aldea, ¿no?

—Oh, no tenemos médico —se quejó el policía—. El doctor Mac Dully murió hace unos tres años y desde entonces nadie ha querido venir a este rincón tan apartado del mundo. Malcolmson, el veterinario local, nos echa una mano de cuando en cuando, pero es claro que un veterinario no puede desempeñar cumplidamente las funciones de un médico verdadero. Además, Malcolmson tiene que atender a sus bestias y...

—Un momento, señor Mac Bugan —atajó el joven—. Me imagino que usted, como buen policía, dirigió las investigaciones, bajo la supervisión del magistrado local.

—Se refiere usted al juez Tolstacker, claro. Pues sí investigamos y...

—¿Quién llevó a cabo la autopsia? Usted sabe que es una operación de ritual en una muerte violenta —dijo el joven.

—Por supuesto, inspector. ¿Cómo iba a olvidar detalle tan importante? Fue el mismo doctor Kirra, ese médico que está curándose en Rhynie Court, a dos millas al sur de Kirlboro. A veces nos ayuda también, cuando el caso es un poco complicado para el veterinario. Es un hombre serio, pero muy complaciente. De modo que fui a requerirle para la autopsia, en nombre del juez Tolstacker y aceptó inmediatamente. Se le tomó juramento como forense provisional y...

—¿Tiene usted a mano el resultado de la autopsia?

—Naturalmente, inspector. Le daré el informe del doctor Kirra y también unas cuantas fotografías que tomó un joven aficionado local, Jonathan Barclay. Ve a, aquí tengo todo.

Firthbry apartó el informe médico y examinó las fotografías. Tal como había dicho el agente local, el aspecto del cadáver no tenía nada de agradable. Se advertían claramente las espantosas heridas del cuello, muy semejantes a las que hubiera podido causar un instrumento cortante con bordes dentados y la espantosa mueca de horror reflejada en el rostro de la difunta.

Pero el joven advirtió también otros detalles. Había determinados lugares del cuerpo, una mejilla, un hombro, parte de un brazo, que aparecían como quemados, como si en aquellas regiones anatómicas se hubiese derramado un poco de algún ácido corrosivo de gran poder. La falta de sangre era incluso perceptible en unas imágenes tomadas en blanco y negro.

—¿Y la huella que encontró usted? —preguntó.

—Fue al día siguiente, cuando empecé a buscar en el bosque cercano. La hallé en un trozo de arcilla blanda, pero la mayoría del suelo está cubierta de césped cuando no de matorrales. Fue una suerte encontrar esa impronta. Busqué yeso y...

Mientras el policía seguía hablando, Firthbry leyó el informe del forense provisional. Redactado en lenguaje claro y conciso, el informe hablaba de las causas de la muerte de la señora Branthill, añadiendo que, en su opinión, se debía a la acción de un mamífero carnívoro de grandes dientes y garras muy afiladas. Pero no hablaba para nada de aquellas extrañas excoriaciones producidas por algo que parecía un potente ácido.

Dobló el informe y lo guardó.

—¿Puedo quedarme las fotografías? —inquirió.

—Claro. Barclay tiene los clichés y podemos reproducirlos cuantas veces queramos.

—¿Qué ha dicho la gente en Kirlboro?

—Bueno, veré, inspector; no están muy animados, como puede comprender. Algunos, los más viejos y exagerados, hablan de un monstruo que vive en las aguas del Loch Mairn. Yo no creo en esas fábulas, por supuesto; para mí se trata de un lobo o un jabalí...

—Entonces, la huella que usted halló, ¿de qué procede?

Mac Dugan se rascó la nuca.

—Veré, Barclay sacó una copia de la misma. Hemos estado estudiándola largo rato y llegamos a la conclusión de que se trata de un fragmento de rama de pino pisada por alguno de nosotros.

Las ramas de pino con agujas tienen esa forma, inspector.

Firthbry hizo una mueca. Sí, era una posibilidad. Pero, aquellas heridas en forma de sierra y los trozos atacados por el ácido...

—¿Y los que opinan que se trata de un monstruo del lago?

—Bueno, usted conoce la leyenda del Loch Ness. Fue hace treinta años, aproximadamente, cuando se vio el monstruo en ese lago, y los que lo han visto en diferentes ocasiones, dijeron que tiene todo el aspecto de un ser antediluviano.

Sí, Firthbry conocía la leyenda. La supuesta visión del monstruo del Loch Ness había atraído innumerables turistas a la región comprendida entre los Monadliath y los Highlands o Tierras Altas, en especial en las orillas del lago y del Canal Caledonio. Muchos, se decía, habían visto al monstruo y aún algunos parecían haber tomado alguna fotografía, pero nunca se había conseguido saber con certeza si las imágenes eran verídicas o se trataba de algún hábil truco. Pero la leyenda seguía en pie y raro era el verano en que los periódicos no publicaban alguna noticia relacionada con el monstruo. Éste, sin embargo, no había causado ninguna muerte hasta el momento, en más de treinta años de supuesta existencia. En cambio, si había uno en el Loch Mairn, ya había causado su primera víctima.

—Hablando sinceramente, señor Mac Dugan —preguntó al cabo—, ¿usted cree en la existencia de una fiera de extrañas características en Loch Mairn?

—Mi obligación es atenerme al informe médico —contestó el policía con cierta rigidez.

—Y —preguntó el joven intencionadamente— en sus horas libres, ¿cómo piensa usted?

—Un lobo o un jabalí, ya lo dije antes.

—Eso es lo mismo que menciona el informe forense —murmuró el joven pensativo. De repente preguntó—: ¿Conoce usted bien al doctor Kirra?

—Lleva ya tres años en la comarca. Vino del extranjero, según dijo, para curar su salud quebrantada. Es una persona excelente, ya lo dije antes. Particularmente, le aprecio mucho. En la aldea se le quiere también bastante, ésa es la verdad.

—Tiene un ama de llaves muy hermosa —apuntó el joven.

—Sí, la señora Campbelton. Ésa no es ya tan simpática como el

doctor. Siempre se muestra altanera y desnegada, inspector.

Firthbry evaluó las manifestaciones de Mac Dugan. El policía local no parecía ser hombre muy apegado a la higiene y, en medio de su verborrea, el joven había creído captar en él una nota de orgullo y vanidad, debida quizá al cargo que ostentaba. Si la señora Campbelton era una observadora mediana, y no había ninguna razón para que no lo fuera, resultaba evidente y aún justo que se mostrase altanera y despegada con Mac Dugan.

—Perfectamente —dijo el joven—. Y ahora, ¿le importaría enseñarme el lugar donde se produjo el suceso?

—Con mucho gusto, inspector.

CAPÍTULO V

Cuando el joven regresó a la posada, era ya de noche. Había una docena de clientes en la parte destinada a taberna, la cual estaba llena de humo procedente de las pipas y de los cigarrillos. Dos o tres se jugaban las cervezas lanzando dardos contra el disco de círculos blancos y rojos. El resto permanecía charlando calmosamente, mientras consumían su cerveza o su aguardiente de cerezas.

Firthbry buscó una mesa situada en un rincón discreto, fingiendo no darse cuenta de la expectación que había provocado su llegada. Apenas se había sentado, Enna compareció con una jarra rebosante de cerveza.

—Me imagino —sonrió la muchacha— que querrá refrescarse un poco mientras terminamos de prepararle la cena.

—Es usted muy amable, señorita —sonrió él. En voz baja añadió —: Parece que la gente me mira mucho.

Ella le contempló con gesto malicioso.

—Debiera haber dicho antes que es policía —expresó.

—Supongo que el charlatán de Mac Dugan se lo habrá contado todo.

Enna volvió a sonreír.

—A todo el mundo —dijo.

—Bien, entonces, ya no tengo por qué ocultar la verdad. —Por otra parte, se dijo que en pocos días hubiera acabado por saberse los motivos de su estancia en Kirlboro; mas aun así, le desagradaba que Mac Dugan se hubiese mostrado tan indiscreto.

—Lo que no entiendo es por qué Mac Dugan tuvo que pedir auxilio a la policía de Glasgow —dijo la muchacha—. No se trata de un crimen misterioso, sino del ataque de una fiera extraña. Por

tanto, la policía...

—Eso mismo he pensado yo —concedió Firthbry con brillante sonrisa—, pero soy hombre disciplinado y he de acatar las órdenes que me imparten mis superiores.

—Claro —contestó ella—. De todas formas, le deseo que tenga mucho éxito, inspector.

—Muchas gracias, señorita. Y ahora, me permitiría formularle un par de preguntas.

—Sí, por supuesto.

Enna le dirigió una escrutadora mirada.

—Parece que no le gusta a usted mucho ir a Rhynie Court. Al menos, eso deduje de lo que pude oír hoy, recién llegado a Kirlboro.

—El ambiente de Rhynie Court no me gusta. —Enna hizo una mueca—. Lo encuentro lúgubre, deprimente. Además...

La muchacha se detuvo de pronto, a la vez que sus mejillas enrojecían ligeramente.

—Se trata de un asunto estrictamente personal —dijo con voz tirante.

—Excúseme si la he molestado con mis preguntas, señorita —sonrió el joven.

—Oh, no tiene gran importancia. Cada persona tiene sus manías, ¿no le parece?

—Por supuesto —concedió él—. ¿Y cuáles son las de la señora Campbelton?

Firthbry notó que el cuerpo de la muchacha se ponía rígido y tenso.

—No me gusta hablar mal de la gente, pero... Si le dijera lo que pienso de ella, creería usted que estoy celosa. Y no soy celosa —dictaminó Enna súbitamente. Dio media vuelta y le dejó plantado.

Firthbry cenó con buen apetito, aunque sumido en sus preocupaciones. Había estudiado el terreno, sin encontrar ya la menor huella del supuesto monstruo, huella que Mac Dugan había calificado luego como producida por la rama de un pino. Firthbry no creía en esta manifestación, sino que se inclinaba más bien a que el policía local había sido inducido a variar de pensamiento. Ahora bien, ese viraje en su forma de pensar, ¿se debía a voluntad propia o había influido alguna persona extraña en ello?

Se durmió sin haber resuelto ninguno de dichos problemas.

A la mañana siguiente, en cuanto se hubo levantado y aseado, se desayunó y sacó el coche del garaje de que disponía la posada. Después de despedirse de Mac Aulry, tomó la dirección del lugar del suceso.

Pero no se detuvo en el punto donde se había encontrado el cuerpo de la infeliz señora Branthill, sino que continuó rodando, hasta llegar a la desviación que conducía a Rhynie Court. El camino, estrecho, serpenteaba entre un verdadero bosque, que apenas si permitía ver, a ratos, la espejeante lámina del Loch Mairn, brillante como un refulgente espejo bajo los rayos del sol de primavera.

El camino desembocó de pronto en una especie de explanada, defendida por una valla de alambre entrelazado, cuya puerta, sin embargo, estaba abierta de par en par en aquellos instantes. La distancia de la valla a la casa, una sólida construcción de dos pisos, adornada con cuatro picudas torrecillas en sus ángulos, era de unos ciento cincuenta metros. La explanada estaba cubierta de plantas de jardinería, divididas por sectores de geométrico trazado y cuidadas con un arte que evidenciaba la hábil mano de un experto jardinero.

Firthbry detuvo su coche frente al gran portón de entrada a la casa, bajo una pesada marquesina de piedra y pizarra. En el mismo momento, alguien abrió una de las hojas de la puerta.

Era un hombre delgado pero no endeble, de ojos profundos y escrutadores y pómulos salientes, de unos cuarenta y tantos años, vestido con la ropa propia de un jardinero: mandil, camisa a cuadros y botas fuertes. Por el bolsón del mandil asomaban unos fuertes guantes de cuero y dos grandes tijeras de podar.

Firthbry se apeó del coche.

—Buenos días —saludó urbanamente. Dio su nombro y añadió —: Desearía entrevistarme con el doctor Kirra.

—Sí, inspector —dijo el sujeto con voz neutra—. Pase usted, tenga la bondad.

El joven subió tres escaleras de mármol y pasó a un gran vestíbulo, en el cual se divisaban cuatro puertas, a ambos lados de una gran escalinata de mármol, que se dividía en dos ramas a la mitad de la distancia al primer piso. En la base de la escalinata había dos enormes faroles, con pie de bronce, y cuatro ramas, que representaban otros tantos brazos humanos, cuyas manos

empuñaban las lámparas correspondientes. El suelo era de mármol blanco y negro, con artísticos dibujos, y el conjunto, en general, resultaba muy agradable de contemplar, sin que tuviera el aspecto lúgubre, y deprimente de que le había hablado la noche anterior la hija del posadero.

El hombre le condujo hasta un salón de recibo, amueblado con gusto, y adornado con valiosos cuadros y una gran lámpara de cristal pendiente del techo. Había dos grandes ventanales, de vidrios en cuadro, con cortinas laterales a través de los cuales se divisaba una magnífica vista del lago, a media milla de distancia y a veinticinco o treinta metros más bajo que la mansión. De pronto, Firthbry notó un extraño olor, apenas perceptible en un principio, pero que luego se hacía más insistente; un olor raro, como de plantas o hierbas en putrefacción flotando en unas aguas estancadas. No resultaba muy intenso y al cabo de unos momentos era relativamente fácil habituarse a él, pero persistía en el ambiente.

La puerta del salón se abrió. Firthbry volvió la cabeza.

—Me han dicho que desea usted ver al doctor Kirra.

El joven miró a la mujer, que encontró aún más hermosa que el día anterior. La señora Campbellton era esbeltísima y su belleza parecía irreal. Las formas de su cuerpo, perfectas, sin tacha, se revelaban a través de un ajustado vestido negro, sin adornos, cerrado de cuello y mangas; y sus piernas, largas, torneadas, concluían en unos pies diminutos calzados con zapatos negros, brillantes, de alto tacón.

—Soy el inspector Firthbry, Donald Firthbry, de la policía de Glasgow, señora Campbellton —se presentó el joven.

Ella enarcó las cejas.

—Un policía —dijo—. Y, además, conoce mi nombre.

—Su nombre, no, señora —rectificó él—. Solamente su apellido. Me lo dijeron ayer en «Las armas de Kirlboro».

—Es cierto —confesó ella—. Ahora recuerdo que le vi a usted cuando entré en la posada.

—Completamente verídico, señora —afirmó él galantemente.

—Me extraña que un policía deba ver al doctor. Soy su secretaria y ama de llaves, todo en una pieza. ¿Puede informarme a mí de los motivos de su visita, inspector? El doctor está muy

ocupado en estos momentos.

—Le aseguro a usted que mi visita es completamente oficial, señora. Está relacionada con la muerte de la señora Branthill, a cuyo cadáver hizo la autopsia el doctor Kirra.

—Lo recuerdo —dijo ella—. Quizá yo pueda suministrarle los datos que usted precisa.

Firthbry sonrió cortésmente.

—Temo que no, señora Campbellton. Son datos científicos, no sociales, valga la metáfora.

Ella apretó los labios.

—El doctor está muy ocupado —insistió.

—Entonces, deberé rogarle me fije una hora para la entrevista.

—La voz del joven se endureció un tanto—. Es absolutamente imprescindible para mí hablar con él.

Pareció como si la joven considerase su situación.

—Bien —titubeó unos instantes—, tenga la bondad de esperar unos momentos. Veré qué puedo hacer en su favor, inspector.

—Muy amable de su parte, señora —contestó él, haciendo una inclinación de cabeza.

El doctor Kirra compareció casi tres cuartos de hora más tarde, cuando ya el joven había consumido media docena de cigarrillos y empezaba a darse a todos los diablos por la espera a que estaba sujeto. Cuando lo vio, quedó muy asombrado de su aspecto, aunque supo disimularlo perfectamente.

Kirra era un individuo de casi cincuenta años, tremendamente robusto, de tórax amplio y brazos gruesos como troncos de olivo. Vestía una bata blanca, muy manchada por delante, de mangas cortas, cuyo borde inferior le llegaba a las caderas. Pero su principal característica fisonómica eran los ojos, negros, profundos, situados bajo unas cejas frondosas, del mismo color, así como uña barba y un bigote medievales, cuidadosamente recortados, que le conferían todo el aspecto de un capitán mercenario.

—Soy el doctor Kirra —anunció con voz de trueno—. Me han dicho que desea usted hablarme, inspector Firthbry.

—Así es, doctor, y crea que lamento mucho la interrupción que he hecho en sus ocupacio...

—Al grano, al grano —cortó Kirra, impaciente—. No me haga perder tiempo en estúpidas excusas. ¿De qué se trata?

—De la muerte de la señora Branthill —contestó el joven.

—El juez Tolstacker me nombró forense a título provisional. Hice la autopsia al cadáver, ya que Kirlboro es una aldea tan pequeña que carece de médico, y emití el informe correspondiente. ¿No se lo ha enseñado el agente Mac Dugan?

Firthbry señaló la cartera de mano que había depositado sobre la mesa.

—Tengo ahí una copia, doctor. Sin embargo, preferiría que me hiciera usted algunas aclaraciones complementarias.

—Está bien —gruñó Kirra—. ¿De qué se trata?

Antes de actuar, Firthbry sacó una pitillera y ofreció al médico. Éste denegó bruscamente con la cabeza. Entonces, el joven, sacó un encendedor y, con toda tranquilidad, como recreándose en el nerviosismo impaciente de su interlocutor, prendió fuego al cigarrillo.

Luego abrió la cartera y extrajo de ella unas fotografías.

—Vea estas imágenes, doctor —manifestó el joven—. Un fotógrafo local obtuvo estas instantáneas de la muerta, antes de que le fuera hecha la autopsia.

Kirra tomó las fotografías y las contempló durante unos momentos.

—¿Y bien? —dijo al cabo.

Firthbry recogió las fotografías.

—No soy un experto, doctor, pero he podido apreciar algunos detalles que, a mí juicio, no han sido citados en su informe.

—¿Por ejemplo? —Kirra enarcó las cejas belicosamente.



—Ignoro en qué consisten estos experimentos...
2—Horror

—Hay algunas zonas del cuerpo de la víctima que aparecen como quemadas, dando la sensación de haber sufrido los efectos corrosivos de un ácido. Esto se observa claramente a simple vista y no es necesario ser un técnico para advertirlo.

—Lo advertí cuando hice la autopsia, pero no lo cité, porque me parecieron quemaduras antiguas. Tengo entendido que, muy joven,

la señora Branthill sufrió los efectos de un cubo de agua hirviendo que se le derramó encima.

Firthbry consideró las palabras del médico. Entraban dentro de lo posible.

—Quizá me haya vuelto yo demasiado suspicaz —manifestó—. No obstante, no hay animales salvajes por estos parajes capaces de causar unas heridas como las que sufrió la señora Branthill.

Kirra sonrió con aire de suficiencia.

—Se sorprendería usted de la infinita variedad de formas en que puede causar sus heridas un mamífero carnívoros, inspector.

—Aun así, no estamos en tiempos de que bajen los lobos o los jabalíes desde las montañas. Por lo general, estas fieras huyen de los centros civilizados; con los animales pequeños que encuentran en el terreno en que viven, suelen tener más que suficiente para su alimentación, o vegetales, en el caso de un jabalí. Sólo abandona sus lugares habituales en el invierno, cuando la nieve es muy abundante, y, naturalmente, la caza escasea o las raíces de que se alimentan los jabalíes están sepultadas bajo varias yardas de nieve. Esto no es el caso actual, doctor.

El cuerpo de Kirra se envaró.

—Como sea, una fiera es un animal de reacciones imprevisibles, inspector. Y, por otra parte, ya emití mi informe. Es todo cuanto tengo que decirle.

Firthbry aplastó el cigarrillo contra el cenicero.

—Todavía no he terminado, doctor —dijo—. Desearía formularle un par de preguntas de tipo particular.

—No estoy acusado de ningún delito —respondió Kirra altaneramente—, de modo que muy bien puedo negarme a responder.

—De acuerdo. Está en su derecho, como yo tengo el deber de formularle esas preguntas. Si no se considera culpable de ningún delito, y nadie le ha acusado de ello, no se negará a darme las respuestas correspondientes.

Kirra juntó los labios.

—Está bien. Hable, inspector.

—El señor Mac Aulry me habló de que usted vino a la comarca hace tres años para reponer su salud, quebrantada, al parecer, durante una larga estancia en el extranjero.

—Así es. Y puedo decirle que me he recobrado por completo al cabo de ese espacio de tiempo. Tanto es así que no pienso moverme jamás de Rhynie Court.

—Decisión muy encomiable... —aprobó Firthbry—. ¿Dónde estaba antes de regresar a Escocia?

—En Brasil, cerca de Manaus. El clima amazónico no me sentó muy bien, ésta es la verdad. Por eso debí renunciar al empleo que tenía allí, magníficamente retribuido, todo sea dicho.

—Muchas gracias, doctor. Ha sido usted verdaderamente amable.

Kirra soltó un bufido.

—Su visita me ha causado un verdadero trastorno, inspector. Otra vez, cuando tenga que volver a verme, y espero que ocurra dentro de mucho tiempo, hágame el favor de concertar previamente una entrevista con mi ama de llaves.

—¿Se refiere usted a la señora Campbelton, doctor?

—La misma —respondió Kirra. Bruscamente, dio media vuelta y salió de la habitación dando grandes zancadas.

Firthbry contuvo una sonrisa, mientras guardaba el informe y las fotografías en la cartera. En el mismo momento, la puerta volvía a abrirse.

Una vez más, el joven se puso un cigarrillo en la boca y lo encendió. La señora Campbelton le miró fijamente.

—Parece que la entrevista no ha sido muy del agrado del doctor —dijo con voz átona.

—La visita de un policía no suele ser nunca bien acogida —respondió él, en tono indiferente. Recogió su cartera y se la puso bajo el brazo—. Gracias, de todas formas, a usted, por su acogida personal.

—Le acompañaré hasta la salida —manifestó ella sosegadamente.

—Muy amable, señora.

Salieron de la estancia y cruzaron el vestíbulo. Al llegar a la puerta, Firthbry se enfrentó con la joven.

—Perdone la pregunta, señora Campbelton. ¿A quién pertenece Rhynie Court?

—Es mío —respondió ella sorprendentemente.

—¿Suyo? —Firthbry abrió mucho los ojos.

—Así es, por mucho que le extrañe. Pero los impuestos son muy altos y yo carezco de fortuna personal, de modo que cuando el doctor me lo alquiló, no tuve inconveniente en formalizar un contrato por cinco años. Además, me paga un buen sueldo por ser su ama de llaves y secretaria, todo a un tiempo; en la época actual, lamentablemente, el dinero ocupa una buena parte de nuestras preocupaciones.

—Ciertamente —suspiró él—. Muchas gracias por sus informes, señora Campbellton.

—Adiós, inspector.

Firthbry descendió ágilmente los escalones y salió al parque. Sentóse tras el volante y, por tercera vez en pocos minutos, volvió a encender un nuevo cigarrillo. A diez metros de distancia, el jardinero le contemplaba con rostro impasible, hierático, inescrutable.

Luego volvió la vista hacia la casa. La joven permanecía en pie bajo el dintel observándole con gesto enigmático. Firthbry la encontró muy hermosa y se preguntó qué motivos la habrían inducido a quedarse al lado de un sujeto tan antipático como Kirra, pudiendo vivir cómodamente en cualquier otro lado con el importe del alquiler de la mansión, que ciertamente no tenía que ser bajo. Quizá alguien en Kirlboro pudiera informarle de estos extremos.

Sonrió y ella le hizo una ligera inclinación de cabeza. Arrancó, virando para encaminarse a la puerta de salida. Al cruzar la valla de alambre, cuya altura de casi cuatro metros le pareció anormal, así como la reciedumbre de su entramado metálico, respiró con fuerza.

Sí, Enna Mac Aulry había tenido razón; el ambiente de Rhynie Court era lóbrego y deprimente. Fuera de aquella tétrica mansión, se respiraba mucho más a gusto.

Pero, se preguntó, el ambiente lúgubre y depresivo, ¿lo hacía la misma casa o se lo infundían sus habitantes?

CAPÍTULO VI

Jonathan Barclay, además de aficionado a la fotografía, y muy competente, era un muchacho vivo y despierto, que atendió inmediatamente la petición que le formuló el joven, apenas hubo este regresado de Rhynie Court.

Firthbry aguardó pacientemente en el cuartito adyacente al pequeño laboratorio que el muchacho había instalado en su casa. Al fin, después de un largo rato de espera, Barclay salió con unas pruebas fotográficas en las manos.

—Oiga —exclamó admiradísimo—, ¿sabe usted que ese cacharrito suyo obtiene unas fotografías maravillosas?

Firthbry sonrió mientras sacaba el encendedor, que además de servir para el fin aparente a que estaba destinado, era una diminuta y perfecta cámara fotográfica.

—Sí, es un buen aparato —concedió.

—¿Quién se lo, dio, inspector?

—Un espía profesional, amigo mío —respondió el joven chanceramente. Pero Barclay se lo tomó en serio.

—Tenía que ser un tipo muy astuto —declaró.

—Oh, sí. Pero un buen día, un ruso resultó ser más astuto que él y...

—¿Qué sucedió? —inquirió el muchacho ávidamente.

—Imagínese, Jonathan. Estas cosas no se hacen públicas nunca, como puede comprender.

—Claro, claro. —Barclay se estremeció—. La vida del espía es fascinante, pero llena de peligros. Yo no serviría para un oficio tan arriesgado, desde luego.

—Oh, uno no sabe lo que es capaz de hacer hasta que se enfrenta con la realidad. —Firthbry examinó las fotografías;

realmente habían salido nítidas y precisas, pese a que, como en el caso de Kirra, habían sido tomadas en un interior y sin iluminación especial. El inspector Mac More tendría trabajo cuando las recibiera dijo, mientras se ponía en pie.

—Jonathan, le voy a pedir un favor.

—Sí, desde luego, inspector.

—No hable ni comente con nadie lo que ha hecho usted ahora, estamos. Si le preguntan, niéguese a contestar rotundamente. Es un secreto oficial, ¿comprende?

—Desde luego, inspector. —El muchacho estaba encantado de tomar parte, aunque fuera desde lejos, en un asunto que prometía estar lleno de misterio.

—Gracias, Jonathan. Ah, una cosa, se me había olvidado.

—Usted dirá, inspector.

—He hablado, aunque brevemente, con la señora Campbelton. Ignoraba que Rhynie Court fuera suyo.

—En realidad, era de su esposo, Fargo Campbelton. Murió hace dos años y medio, aproximadamente.

—¿Después de la llegada del doctor Kirra?

—Así es.

—¿De qué murió?

—Campbelton era un borracho habitual. Un día bebió más de la cuenta y se durmió fuera de la casa. Lo malo para él fue que debía tener tanto calor que no se dio cuenta de que había dos palmos de nieve en el jardín. A la mañana siguiente apareció tieso como un garrote.

—¿Y la señora Campbelton no se dio cuenta de la falta de su esposo?

Barclay levantó los hombros.

—Tengo entendido que existían grandes desavenencias entre ellos, a causa, precisamente, de las inclinaciones alcohólicas del esposo.

Firthbry se tironeó del labio inferior.

—Ayer —dijo lentamente— la señora Campbelton encargó una garrafa de aguardiente de cerezas para el doctor Kirra. Enna Mac Aulry se negó rotundamente a llevarla a Rhynie Court.

—Enna tiene razón —declaró el muchacho con gran vehemencia—. Tuvo que dejar de ir, después de lo que pasó. Esto no lo saben

muchos, por supuesto.

—¿Qué fue lo que sucedió? —preguntó el joven.

Barclay se envaró.

—El doctor Kirra no es tan bueno como cree la gente. Enna me dijo que se había portado como un sátiro con ella. Por lo visto —declaró despectivamente—, no tiene bastante con Handa Campbelton.

—¿Qué es la señora Campbelton para el doctor Kirra?

—Figúreselo, inspector —manifestó el muchacho, torciendo los labios.

—Sí, me lo imagino —dijo Firthbry con acento desencantado—. De todas formas, gracias por su ayuda.

El muchacho sonrió.

—Si hace más fotografías, venga y las revelaremos aquí.

—De acuerdo, Jonathan.

Después de cenar, el joven se encerró en su habitación, y redactó un largo informe con el resultado de las investigaciones obtenidas en sus dos primeros días de pesquisas. Incluyó las fotografías de Kirra, de Handa Campbelton y del jardinero, así como las, fotografías de la señora Branthill, tratando éstas con exquisito cuidado ya que, astutamente, había hecho que Kirra las tocara, dejando en ellas sus huellas dactilares. Muy posiblemente, Kirra no estaba registrado en ningún archivo policíaco, pero era una eventualidad que no podía pasar por alto en ningún momento.

Al terminar, metió todo en un sobre, lo cerró y puso la dirección del inspector Mac More, agregando en la parte superior la recomendación de MUY URGENTE Se desvistió, se puso el pijama, se metió en la cama y cinco minutos después dormía como un lirón.

Se despertó poco más tarde, sin saber a qué se debía aquella repentina vigilia. Permaneció inmóvil en el lecho, disfrutando perezosamente del agradable calorcillo de las sábanas, mientras intentaba conciliar de nuevo el sueño.

De pronto oyó un levísimo chasquido, como si alguien hubiese pisado una tabla mal asentada. Entonces, una leve ráfaga de aire fresco le dio en pleno rostro.

La ventana estaba abierta de par en par. Firthbry recordó haberla dejado solamente entreabierta, asegurada por un pestillo a medio pasar, pero no con las hojas a los lados. Con el aire fresco,

una leve ráfaga de un olor que él conocía muy bien le llegó a la nariz.

Todos sus músculos se atiesaron inmediatamente. ¡Había alguien en la estancia!

¿Qué era lo que había venido a hacer el intruso?

Entreabrió los ojos suavemente, mirando a través de las pestañas. Divisó la silueta de un hombre inclinado sobre el escritorio, alumbrándose con una lámpara eléctrica de haz muy largo y delgado. El hombre estaba registrando cuidadosamente los cajones del mueble evitando hacer ruido en todo momento.

Firthbry decidió esperar unos momentos, con el fin de ver la actitud que tomaba el sujeto. Pero no había contado con el aire fresco de la noche, y de repente, antes de que pudiera contenerse, soltó un fuerte estornudo.

El intruso apagó la linterna en el acto y se volvió. Firthbry se dijo que era ya hora de dejarse de contemplaciones y saltó fuera del lecho, abalanzándose sobre el desconocido.

Firthbry era joven, pero el otro no le iba a la zaga. Además, empleaba trucos de mala ley. Levantó una rodilla y la incrustó en la ingle del policía. Cuando Firthbry, por la violencia del dolor, se vencía hacia adelante, el otro le golpeó en la nuca con el filo de la mano.

El joven se desplomó de bruces, sin perder del todo el conocimiento, pero incapaz de moverse, tanto por el dolor del vientre, como por el estupor que le había causado el golpe de la nuca. Oyó ruido de pasos que se alejaban aceleradamente y luego volvió el silencio.

Al cabo de un rato se levantó. Encendió la luz y buscó un vaso de agua. Frotándose el vientre con una mano, se acercó a la ventana. Asomó la cabeza, viendo una escalera adosada al muro. El intruso se había servido de aquel medio para penetrar en la estancia y escapar cuando se había visto descubierto.

Meneando la cabeza, Firthbry cerró la ventana, ahora con todo cuidado, aunque harto suponía que aquella noche ya no recibiría ninguna visita subrepticia. Se acostó de nuevo, sonriendo alegremente, pese al dolor de los golpes. En medio de todo, el viejo escondite del colchón había resultado efectivo. Si hubiera dejado el sobre con el informe y las fotografías sobre la mesa, el ladrón se lo

habría llevado impunemente.

Por la mañana descendió al comedor, evitando hacer toda mención del incidente. Después de desayunar, buscó la oficina de Correos, en dónde depositó el sobre, añadiendo el sello de urgencia. Cuando salía de la estafeta, se encontró con el policía local.

Mac Dugan parecía muy agitado.

—Ahora iba a buscarle a la posada, inspector —dijo.

—¿Ha sucedido algo?

—Venga conmigo, se lo ruego. Jonathan Barclay ha sido atacado y me dijo que lo llamara. El pobre muchacho está en la cama. Le dieron un buen golpe en la cabeza esta noche. ¡Cielos! Hacía años que no conocíamos un asalto de ladrones en Kirlboro.

El joven apretó los labios mientras seguía a Mac Dugan, cuya charla fluía incesantemente de entre sus labios. Por precaución, no le quiso decir que no se trataba de un vulgar ratero, sino de algo mucho más serio que lo que parecía a simple vista.

Jonathan Barclay estaba reclinado sobre un montón de almohadones, mientras a su lado, una mujer de edad le atendía solícitamente, poniéndole compresas de agua fría en la frente. Los ojos del muchacho se animaron al ver a Firthbry.

—Inspector, me alegro de que venga —exclamo—. ¡Oh, cómo duele, qué estacazo me pegó el muy bandido!

—¿Lo ve, inspector? —dijo Mac Dugan—. Ya lo decía yo; se trata de un bandido, un ladrón, un ratero que quiso asaltar una casa honrada y decente...

—Por favor —cortó el joven—. Dejemos que sea el mismo Jonathan el que nos explique lo sucedido.

—Sí, inspector. Permítame primero que le presente a mi madre. Mamá, el inspector Firthbry.

—¿Cómo está usted, señora Barclay? —saludó el joven brevemente.

—Encantada, inspector, aunque terriblemente disgustada por lo que le ha sucedido a mi muchacho —contestó la atribulada mujer.

Es comprensible, señora —dijo el joven—. Pero, por lo que veo, se ha limitado a un simple golpe en la frente.

—Eso es lo que digo yo —exclamó Barclay—. Pero ella no quiere dejarme mover de la cama.

—Si hubiese un médico en la aldea —se quejó la señora Barclay.

—Podríamos llamar al doctor Kirra —sugirió Mac Dugan.

—No hace falta —intervino Firthbry—. Jonathan es hombre fuerte y se curará enseguida. Ahora, por favor, ¿quieren dejarme a solas con él unos momentos? Los dos, señora Barclay, señor Mac Dugan.

La mujer salió en el acto. Mac Dugan se quedó en la pieza, en actitud reticente.

—Soy el jefe de la policía local y tengo derecho a estar presente en el interrogatorio —declaró altivamente.

—Si no se marcha usted, no hablaré —gruñó Barclay—. Ya le conté antes lo que me ha pasado; oí ruido me levanté a ver qué sucedía y el ladrón me asestó un golpe en la cabeza. Eso es todo, señor Mac Dugan.

El policía local apretó los labios.

—Muy bien, lo tendré en cuenta —dijo—. Pero si no confían en mí, no espere cooperación por mí parte cuando la necesite, inspector. —Y se marchó, dando un gran portazo.

Firthbry esperó a que el agente se hubiera marchado. Cuando los dos se hubieron quedado solos, preguntó:

—Jonathan, ¿vio usted al ladrón?

—No —respondió el muchacho de mal talante—; el muy granuja no me dio tiempo para nada. Debí hacer demasiado ruido para acercarme a él y apagó la luz rápidamente. Entonces me golpeó en la frente con algo duro y me desmayé.

—Pero ¿no le vio usted la cara, algún detalle, en fin, que pueda servirnos para una eventual identificación?

—Lo único que pude advertir era que se trataba de un sujeto delgado, pero fuerte.

«Un sujeto delgado, pero fuerte». Firthbry analizó las palabras del muchacho. El hombre que le había atacado a él era grueso y robusto.

—¿Lo conoce usted, inspector?

Firthbry se guardó sus reflexiones.

—No, en absoluto. ¿Dónde se lo encontró?

—En el laboratorio. Mi madre lo ha estado ordenando; dice que estaba tremendamente revuelto.

—El laboratorio, ¿eh?

—Sí, inspector.

«Atacaron los dos: Kirra y el jardinero, que debe ser seguramente su cómplice o su ayudante. Cómplice, ¿en qué? ¿Ayudante?».

—¿Le pasa algo, inspector? —preguntó el muchacho, inquieto.

—Nada, excepto que, prométame guardar el secreto, a mí también me ha pasado algo parecido esta noche.

—¡Diablos! —exclamó Barclay, atónito.

CAPÍTULO VII

Dejó el coche a corta distancia del lago y, colgándose del hombro el estuche, con los prismáticos, caminó lentamente, hasta encontrarse casi al borde de las aguas.

El lago tenía una longitud de ocho o diez millas por una tercera parte de ancho. Estaba orientado, en el sentido de su longitud, de N, a S., y la mayor parte de sus orillas estaban constituidas por terreno bajo, casi pantanoso, muy abundante en cañas y toda clase de plantas semiacuáticas, propias de tales parajes. En un par de sitios, sin embargo, se divisaban algunos trozos rocosos, que se adentraban algunas docenas de metros dentro de las aguas.

La mansión donde residía el doctor Kirra estaba ligeramente en alto con respecto a la ribera del lago y el bosque que la circundaba llegaba hasta corta distancia de la orilla, constituyendo una especie de barrera que ocultaba casi toda la estructura de la mansión a los ojos de cualquiera que paseara por aquellos lugares. Salvo los extremos de las torrecillas, no se divisaba nada más del edificio.

Firthbry se hallaba convencido de que el médico tenía algo que ocultar. Su informe forense sobre las causas de la muerte de la señora Branthill estaba equivocado deliberadamente. Kirra había contado seguramente con la candidez del agente local y la del juez de Kirlboro para engañarles con respecto a las auténticas causas de la muerte de la comadrona. No obstante, Mac Dugan había solicitado el concurso de la policía de Glasgow y aunque le había acogido muy bien, después parecía haberse desdecido un tanto, sobre todo cuando le había dicho que la huella encontrada pertenecía a la rama de un pino y adoptando más tarde una actitud reticente y desconfiada cuando le había hecho salir del dormitorio de Jonathan Barclay. ¿Había intervenido Kirra en aquellas

mutaciones de opinión?, se preguntó.

Pero si Kirra tenía algo que ocultar, ¿de qué se trataba? Él lo había visto ataviado con la blanca bata que usan los que trabajan en un laboratorio. ¿A qué trabajos se dedicaba? ¿De dónde provenía aquel olor, vagamente parecido al de sustancias pútridas? ¿Qué misteriosos experimentos realizaba? El joven había comprendido en las pocas horas que llevaba en el pueblo que la clave del suceso estaba en Rhynie Court... pero estaba bien claro que no podría averiguarlo de otra forma que penetrando en la mansión.

Por medios ordinarios, no podría. Usar el medio legal de un mandamiento judicial era imposible, ya que la conducta del doctor Kirra hasta entonces había resultado irreproachable y no existía base ilegal alguna para formular la menor acusación contra él que diera base a la expedición de dicho mandamiento. ¿Actuar de la misma forma que lo había hecho el doctor Kirra la noche anterior, es decir, subrepticamente? Porque Firthbry estaba firmemente convencido de que había sido el médico quien había irrumpido en su dormitorio para practicar un registro y quitarle las fotografías obtenidas con su microcámara, mientras el jardinero rebuscaba en el laboratorio de Barclay, a fin de arrebatarse todos los clichés relacionados con la muerte de la señora Branthill. Si tenía que penetrar en Rhynie Court sin permiso de sus ayudantes, tenía que estudiar antes muy bien el terreno, a fin de eliminar todos los riesgos.

Mientras reflexionaba sobre su futura forma de conducta, no se dio cuenta de que había caminado por la orilla del lago, hasta llegar a, las proximidades del extremo occidental del bosque. Entonces divisó una forma humana a corta distancia, bajo la sombra de los árboles.

Aguzó la mirada. Handa Campbelton estaba sentada al pie de un pino de grueso tronco, mirando el lago con mirada distraída. La mujer se hallaba tan ensimismada en sus pensamientos, que no se dio cuenta siquiera de que era observada desde unos pocos pasos de distancia.

Firthbry permaneció unos momentos en silencio. El hermoso rostro de Handa Campbelton permanecía inescrutable dentro de su seriedad, una seriedad en el fondo de la cual latía una indiscutible nota de tristeza. El joven se preguntó a qué se debería aquel melancólico sentimiento. ¿Tenía algo que ver Kirra con ello?

De pronto, la joven alzó los ojos y le vio. Se estremeció ligeramente, pero no manifestó sorpresa; la expresión de su rostro continuó invariable.

Firthbry se quitó el sombrero con exquisita cortesía.

—Dispénseme, señora —dijo—. Lamento haber interrumpido sus meditaciones. Estaba dando un paseo por las orillas del lago; es un paisaje tan maravilloso...

—Efectivamente, es encantador —contestó ella en tono sosegado.

—En invierno ha de ser muy sombrío, pero a partir de la primavera, debe resultar magnífico vivir aquí.

—Así es, inspector.

Firthbry se dio cuenta de que la joven no sentía muchos deseos de hablar. Pero una de las cualidades de su profesión era, precisamente, hacer hablar a la gente.

—Tengo entendido que el doctor Kirra se dedica a experimentos científicos —aventuró.

—Así es, inspector.

—No está obligada a contestarme, señora —dijo el joven, fingiendo titubear—, pero me gustaría saber qué clase de experimentos realiza.

—Lo ignoro, no puedo contestarle.

Firthbry enarcó las cejas.

—Tenía entendido que es usted su secretaria —manifestó.

—Sí, pero sólo en lo que pudiéramos llamar la parte social —contestó ella—. Correspondencia y demás, aparte de la cuestión económica, como ama de llaves del doctor.

—¿Y aun así ignora qué trabajos lleva a cabo en su laboratorio?

—Ése es el único sitio de mi casa donde tengo prácticamente prohibida la entrada. En realidad —añadió Handa—, tampoco me importa demasiado. —Su voz se había vuelto de pronto un tanto estridente, con cierta tensión—. Con que me abone puntualmente las cantidades estipuladas en el contrato, tengo más que suficiente.

—Creo que me estoy portando con cierta indiscreción, pero, comprenda, es el oficio. Hace días se produjo una muerte violenta y me ordenaron investigar.

—Según tengo entendido, la autopsia declaró concluyentemente cuáles habían sido las causas de aquella muerte —dijo Handa en

tono categórico.

—Bien —repuso él—, existen ciertos indicios que aconsejan practicar una investigación más a fondo, señora Campbelton.

Ella se puso en pie casi con brusquedad.

—Por mí parte —manifestó—, no tengo el menor inconveniente que oponer a que usted investigue todo cuanto le agrade. Está en su derecho.

Firthbry hizo una ligera reverencia.

—Muy amable de su parte, señora —contestó—. ¿Me permite hacerle una pregunta de índole personal?

—No le garantizo la respuesta —expresó ella sin abandonar su tono seco.

—Tengo entendido que el señor Campbelton murió hace dos años y medio, aproximadamente.

Handa apretó los labios.

—Ése es un capítulo de mí vida particularmente desagradable que desearía olvidar para siempre, inspector.

—¿En compañía del doctor Kirra?

El rostro de la joven enrojeció con violencia.

—¡Oh, qué insolente! —exclamó.

—Dispénseme, señora —dijo él—, pero los comentarios que se oyen en Kirlboro no la favorecen a usted en absoluto.

—La opinión pública me tiene sin cuidado —contestó ella, acalorándose. El seno, firme, y erguido, aunque no voluminoso en exceso, resaltó súbitamente con macizas curvas—. Ya sé que dicen en Kirlboro que permití que mi esposo yaciera abandonado sobre la nieve, a fin de que muriera de frío; pero no es cierto. No supe nada hasta el día siguiente, cuando me desperté... NO quiero decirle en qué condiciones me desperté, porque me invade el sonrojo cada vez que lo recuerdo. De todas formas, ya se realizó una investigación y el magistrado local declaró se trataba de una muerte completamente accidental. —Le miró desafiante—. Cuando quiera, puede investigar usted también al respecto.

—No lo haré respondió él —no es mi misión realizar pesquisas acerca de algo que ya ha quedado zanjado definitivamente. Ahora me ocupo de aclarar las circunstancias de la muerte de la señora Branthill.

—En cuanto a eso, el doctor Kirra podrá decirle algo más... si

quiere, cosa que dudo. Pero, en fin, es cosa suya, inspector; usted es el policía y no yo —terminó ella con amarga ironía.

—Así es, en efecto, señora. —Firthbry se inclinó—. Gracias, de todas formas, por haberme atendido, y dispense si la he molestado.

Ella le miró fijamente durante unos segundos. Firthbry creyó intuir que Handa quería hablarle. Posiblemente lo hubiera hecho, de no producirse en aquel instante un suceso totalmente inesperado.

Sonó un grito.

La voz se oía a cien o ciento veinte metros de distancia.

—¡Cuidado!

—¡Allí va, doctor!

—Tírale, tírale, maldito estúpido.

En medio del absoluto silencio que reinaba en aquellos parajes, las voces se oían con toda nitidez.

—Le echaré la lona, es mejor.

—No, condenado —éste era Kirra—, la cortará fácilmente. Tírale, te digo. Vamos, o se nos escapa. ¡Bang! ¡Bang!

Las detonaciones sonaron muy juntas, casi simultáneas. Firthbry dedujo por el sonido que se trataba de una escopeta de caza.

Miró a la joven y le asombró la espantosa palidez que había invadido su rostro, en el que sólo los labios conservaban aún un leve rastro de color.

Súbitamente, ella dio media vuelta y echo a correr, internándose en el bosque. Firthbry reacciono con rapidez, lanzándose en su persecución.

—¡Eh! ¿A dónde va? —gritó.

Ella no contestó; seguía corriendo alocadamente, esquivando los obstáculos —arbustos y zarzales— que le salían al paso.

Súbitamente, cuando apenas habrían recorrido unos ochenta metros, se encontraron con Kirra y el jardinero, quienes se hallaban al otro lado de un enorme matorral de espinos.

Kirra vio llegar corriendo a la pareja, separados por un espacio de diez metros escasamente. Tenía en las manos una gran lona y la arrojó sobre algo que había al otro lado del zarzal y que resultaba imposible ver desde el punto en que se encontraban los recién llegados, por dicha circunstancia.

Firthbry se dio cuenta de que flotaba en el ambiente un abominable hedor, no muy penetrante, pero si fácil de distinguir de

cualquier otro olor; un olor que el recordaba perfectamente, y que le trajo en el acto a la memoria el suceso que se había producido en su dormitorio la noche anterior.

Los ojos de Kirra le contemplaron con expresión llameante. El jardinero estaba a su lado, con la escopeta bajo el brazo, dando la sensación de que estaba dispuesto a utilizarla en cualquier momento.

Firthbry inició la vuelta al matorral. Kirra le detuvo en seco.

—¿A dónde va usted, inspector?

—He oído dos disparos —contestó el joven.

—En efecto; los hizo mi jardinero. Pero no ha muerto ninguna persona, si es eso lo que le interesa.

La respuesta del médico era seca, desabrida. Firthbry vaciló ligeramente.

—A pesar de todo, es mi deber investigar contra qué dispararon ustedes —manifestó con firmeza—. No olvide que soy policía, doctor.

—Se escapó un chimpancé de mí laboratorio. Era un animal furioso, fácilmente irritable y de una gran potencia física. Tuve que matarlo, sabiendo que no podría atraparlo vivo nuevamente. De haberse escapado, podría haber causado grandes desgracias.

—¿Me permite ver al chimpancé, doctor? —preguntó el joven cortésmente, terminando de dar la vuelta. Al otro lado del matorral había un bulto envuelto en una gran lona de color grisáceo. El bulto tenía el tamaño de un perro de caza, inferior en volumen a un danés o a un dogo alemán, pero no muy pequeño de todas formas.

—No, no le permito ver al chimpancé, inspector —dijo Kirra en tono crispado.

Firthbry se envaró.

—Puedo obligarle a ello, doctor —dijo—. Por el volumen, puede usted apreciar que no se trata de una persona —alegó Kirra—. Además, recuerde una cosa o apréndala si no la sabe. Está usted en mis tierras, sin el debido permiso, y su condición de agente de la policía no le permite excederse, entiéndalo de una vez.

—No sabía que los terrenos de Rhynie Court llegasen hasta aquí —adujo el joven.

—Alcanzan hasta el lago. Una milla de la ribera pertenece a Rhynie Court —declaró el médico con gran énfasis.

—Pero Rhynie Court no le pertenece a usted —contraatacó el joven—. Según tengo entendido, es de la señora Campbelton —y al decir esto miró a Handa, la cual permanecía a unos pasos de distancia, completamente inmóvil, sin otro movimiento que un leve vaivén de su esbelto seno.

—Por supuesto, pero olvida usted que soy el arrendatario de Rhynie Court y que, por tanto, a los efectos legales, soy el único que puede permitir o denegar la estancia de cualquier persona dentro de los límites de la finca.

Firthbry apretó los labios. Las razones de Kirra eran incontrovertibles.

—Muy bien, doctor. Tendré en cuenta lo que acaba de decir.

Y maquinalmente bajó la vista hacia el bulto cubierto por la lona, pensando en que de buena gana habría dado algo muy valioso por poseer la facultad de atravesar los cuerpos opacos con la mirada.

Se estremeció ligeramente, mientras sentía que su ánimo era invadido por un horror sin nombre. La cosa que había bajo la lona —él no había creído ni por un momento que se tratase de un cuadrumano—, no estaba bien oculta del todo. Uno de sus miembros asomaba ligeramente por el borde de la lona y tenía la forma exacta de la huella que Mac Dugan había tomado en yeso después de la muerte de la señora Branthill.

¿Qué horrible monstruo yacía allí, bajo el protector manto de la lona?

Firthbry levantó la vista. Sus ojos se cruzaron con los de Kirra. El joven comprendió que Kirra se había dado cuenta del desliz cometido.

—Le aconsejo que se retire cuanto antes de aquí —dijo el médico secamente.

—Es lo que pienso hacer, doctor. —Firthbry hizo una ligera inclinación de cabeza a Handa, cuya palidez no había disminuido un solo instante—. Adiós, señora Campbelton.

Handa no contestó.

CAPÍTULO VIII

El hombre llevaba una caja de grueso cartón en la mano. La caja tenía unos cuarenta centímetros aproximadamente en todos los sentidos, ya que era de forma cúbica, y disponía de unos diminutos orificios redondos, a manera de respiradero. Llegó a la parte posterior de la posada y, después de depositar la caja en el suelo, buscó una escalera, que adosó contra el muro de la fachada.

El silencio en la aldea era absoluto, interrumpido de cuando en cuando por algún esporádico ladrido de un perro alarmado sin motivo. Pero los ladridos sonaban lejanos, apagados, amortiguados por la distancia.

El hombre subió por la escalera sin hacer el menor ruido. Llegó a la ventana y la tanteó, sonriendo oscuramente al hallarla cerrada herméticamente. Entonces sacó del bolsillo una ventosa de goma y la pegó al cristal. Luego se quitó del dedo un anillo con un diamante y describió un gran círculo sobre el vidrio, alcanzando hasta los bordes del marco. A continuación, asió la ventosa y pegó un fuerte tirón hacia afuera. El vidrio cedió con ligero chasquido.

El hombre se agachó, escuchando atentamente durante unos minutos. Firthbry dormía tranquilamente, no había oído el menor ruido. Entonces descendió por la escalera y tomó la caja, volviendo a subir de nuevo.

Al llegar a la ventana, aplicó la caja contra el hueco por una de sus caras. Con la mano izquierda deslizó a un lado la tapa de la caja, a manera de puerta corredera, hasta abrir por completo aquel lado.

Algo se agitó irritadamente en el interior de la caja. El hombre la movió con infinito cuidado, procurando no separar la caja del orificio hecho en el vidrio bajo ningún concepto. La cosa que se

agitaba en la caja saltó fuera de la misma. Sonó un ruido blando, apenas perceptible. El hombre sonrió perversamente, satisfecho de su hazaña.

Inmediatamente bajó por la escalera, llevándose la caja consigo. La luna salió en aquellos momentos, siniestramente premonitoria.

Donald Firthbry agitóse inquieto en el lecho. Estaba soñando con Handa Campbelton.

Handa le sonreía atractivamente. La expresión de tristeza de su rostro había desaparecido por completo. Estaba encantadora y extendía los brazos hacia él. De pronto, los brazos se transformaron en dos miembros repugnantes, cubiertos de unos vellos tiesos y rígidos como espinas.

Las manos perdieron su forma, convirtiéndose en un par de tenazas de color marrón muy oscuro, fuertes y brillantes. Los ojos rasgados de la joven tomaron una forma redonda, brillando con un resplandor fosforescente, de animal salvaje. La sensación resultó tan fuerte, que el joven creyó percibir incluso el hedor que había captado en anteriores ocasiones.

La imagen desapareció, con gran alivio del joven, quien se encontró de repente despierto y envuelto en sudor, dado el realismo de la pesadilla. Trató de continuar su sueño, pero entonces se dio cuenta de que el olor persistía.

Un ligero ruidito sonó en la estancia. Era como si alguien estuviese frotando dos maderitas de contornos irregulares entre sí, como una especie de carraca muy suave, en cierta forma parecido al ruido que hace un chiquillo cuando pasa a todo correr con un palo y lo aplica sobre los hierros de una verja. Era un «rrr...» discontinuo, con alternativas de ruido y de silencio muy poco espaciadas entre sí.

Firthbry sintió que los cabellos se le erizaban. ¿Qué diminuto monstruo había en la estancia?

¿Era un monstruo?

Algo se movió ligeramente sobre el suelo de madera, produciendo un tenue ruidito, de patas acolchadas. El joven sintió que la cara se le inundaba de sudor.

Buscó el revólver que dejaba bajo la almohada al irse a dormir. Vaciló un momento en la oscuridad. Por un lado estaba el pánico que sentía, y por otro el temor a causar un estrépito, quizá

innecesario, que no contribuiría precisamente a mantener el prestigio de los oficiales de policía de Glasgow.

Intentó taladrar la oscuridad con la mirada. De pronto, al otro lado de la estancia divisó dos manchitas de luz. Eran de un tono verde-amarillo, que fosforescía como si perteneciesen a los ojos de un gato. Pero el joven sabía que en la posada no había gatos. ¿Qué clase de animal era aquél?

Manteniendo el revólver con una mano, encendió la luz con la otra. Inmediatamente se sintió invadido por una incontenible náusea, a la vez que por un miedo terrible, espantoso.

Era una araña, una enorme araña, con el cuerpo tan grande como el de una paloma y las patas gruesas como el pulgar de un hombre adulto. El joven calculó que mediría unos treinta y cinco centímetros de largo, por una anchura en concordancia con la anterior dimensión. Su color era marrón rojizo, muy oscuro, y el cuerpo y las patas estaban cubiertos de un espeso vello, de pelos perfectamente distinguibles, a pesar de la distancia. El aspecto del monstruoso animal era horrible, espantoso, repugnante.

La gigantesca araña se frotó los artejos delanteros, las mandíbulas que le servían para agarrar y retener sus presas, produciendo entonces el ruidito que había oído antes el joven. Firthbry apuntó a la bestezuela con el revólver, pero inmediatamente se arrepintió de ello.

Debía tratar de capturarla viva, aunque no se le ocultaban las dificultades que el hecho encerraba en sí.

De todas formas, se dijo, si el animal le atacaba, dispararía sin vacilar. Se imaginó sufriendo las picaduras de la bestia y muriendo minutos después en medio de atroces sufrimientos.

Con infinitas precauciones, procurando no hacer el menor ruido, sacó los pies de la cama. La araña dio rápidamente unos cuantos pasos hacia la izquierda y su gesto provocó en el joven unos sudores de muerte. Casi instintivamente, agarró la almohada, a fin de tener otro medio de defensa si el animal se decidía a atacarle.

Descalzo, anduvo por la habitación hasta llegar a los pies del lecho. El arácnido se hallaba ahora bajo el escritorio, contemplándole con hipnótica fijeza. Firthbry pensó que el animal buscaba, con su instinto de fiera, el momento mejor para atacar.

De repente se le ocurrió una idea. Había oído decir que los

animales salvajes no atacan a menos que sientan la absoluta necesidad de hacerlo, bien para defenderse, bien para procurarse alimento. Quizá la araña no estaba hambrienta en aquel instante, pero sí se defendería si era atacada. Quizá su instinto le había dicho que el hombre era demasiado enemigo para ella.

La bestia levantó dos de sus patas delanteras, frotándoselas perezosamente. Firthbry empezó a animarse. Por alguna razón desconocida, el animal no se sentía demasiado inclinado a lanzarse al ataque. Esto le envalentonó un tanto, aunque cada vez que la miraba, sentía que el sudor brotaba de sus poros con renovada fuerza.

Retrocedió unos pasos, guardando el revólver en el bolsillo de la chaqueta del pijama. Tanteó con la mano, hasta abrir el armario ropero, en cuyo fondo estaban las maletas. Sin perder de vista al arácnido, sacó una de ellas, arrodillándose en el suelo para levantar los pestillos de los cierres.

En aquel momento, la araña echó a correr y trepó de un salto al lecho. Firthbry pegó otro que le llevó al extremo opuesto de la estancia, con los ojos desorbitados por el horror, y la espalda pegada contra la pared. Buscó el revólver con terrible nerviosismo y sólo en el último instante, un poderoso esfuerzo de su voluntad le impidió apretar el gatillo.

Transcurrieron dos o tres minutos. Firthbry empezó a recuperarse. El animal continuaba en lo alto del lecho, muy satisfecho al parecer por hallarse en un lugar cálido y resguardado. Firthbry se acercó a la maleta, paso a paso, con infinita lentitud, y soltó los cierres. Luego levantó la tapa y vació cuanto había dentro de la misma.

Se enderezó cautelosamente. Ahora venía lo más difícil, hacer que la araña saltase dentro de la maleta. Retrocedió dos pasos y agarró una silla con la mano izquierda. Actuaría a la manera de los domadores de fieras, se dijo. Y añadió para sus adentros: «¿No tengo que reducir a una fiera?».

Sin perder de vista al insecto ni un solo instante, empujó la maleta con la silla, hasta situarla en las proximidades de la cama. Luego, con idénticas precauciones, rodeó el lecho, situándose a metro y medio del infernal arácnido.

Estiró la mano izquierda y tocó el cuerpo de la araña con una de

las patas de la silla, manteniendo el dedo presto sobre el gatillo, listo para disparar si el animal se revolvía contra él. La araña hizo chirriar los artejos y agitó amenazadoramente los dos pares de patas delanteros.

Volvió a empujarla. El animal retrocedió, sin, dejar de defenderse. Firthbry empujó una vez más. De súbito, la araña saltó al suelo.

El joven dio la vuelta con rapidez. El insecto había caído dentro de la maleta. Con la misma silla, levantó la tapa y la dejó caer, colocando instantáneamente dos patas del mueble sobre la maleta, a fin de evitar una extemporánea reacción del animal. Luego se enjugó el sudor del rostro con la manga del pijama.

Estuvo tomando aliento unos momentos. Luego bajó los cierres de la maleta y buscó entre sus ropas, de donde sacó una fuerte navaja, con la cual practicó varios orificios en la maleta. A continuación, la tomó por el asa y se la llevó al baño, colocándola en el fondo de la bañera. Tapó el desagüe y abrió los grifos.

Hecho esto, se colocó un batín y las zapatillas. Abrió la puerta y descendió a la taberna. La luz del farol de la esquina penetraba a través de las vidrieras de las ventanas y de la puerta. Buscó una botella, la destapó y bebió un largo trago. Si no se hubiera recomfortado de aquella manera, se habría caído redondo al suelo. Después del segundo trago, se sintió mucho más animado. No obstante, subióse la botella al dormitorio. Presentía que iba a necesitar un tercer trago antes de reanudar el sueño.

Buscó cigarrillos y encendió uno. Luego entró en el baño y permaneció junto a la bañera, hasta que el agua hubo llegado a nivel del borde. Entonces cerró el grifo Morbosamente fascinado, observó las burbujas que afloraban a la superficie. De vez en cuando, la maleta se agitaba levemente; el monstruo se sofocaba y trataba de evadirse, en busca de un oxígeno que se le negaba. Firthbry permaneció en el mismo sitio hasta que hubieron cesado todos los movimientos del arácnido. Entonces sacó la maleta y dejó que el agua escurriese hasta quedar completamente vacía de líquido. Sintió la tentación de abrirla para ver de nuevo a la araña, pero supo contenerse. Cada vez que pensaba en ella, se estremecía de miedo.

Eran las once de la mañana, cuando detuvo el coche frente a la

entrada da Rhynie Court. El jardinero se apareció ante él como surgido del seno de la tierra.

—¿Inspector? —dijo el hombre secamente.

Su inglés era correcto, aunque teñido de un acento extranjero harto patente.

—Deseo ver al doctor Kirra —manifestó el joven.

—Muy bien —el jardinero se mantenía impasible—. Veré si le puede recibir. Tenga la bondad de pasar, por favor.

El joven fue conducido a la misma sala de la vez anterior. Esperó mientras fumaba un cigarrillo.

Handa Campbelton compareció a los pocos momentos, vestida en su forma habitual.

—Buenos días, inspector —saludó impasible.

—Buenos días, señora —dijo Firthbry—. Si no me he expresado mal, creo haberle dicho al jardinero que es al doctor Kirra a quien deseo ver.

—El doctor...

—No me alegue que está ocupado, señora —cortó Firthbry secamente—. Deseo verle inmediatamente, hágame el favor. ¿O —añadió con cierta insolencia— es que usted está también incluida en el alquiler de Rhynie Court?

La mano de Handa se abatió sobre la mejilla del joven.

—Me gustaría ser hombre para tratarle como se merece —dijo violentamente.

Firthbry se frotó la mejilla.

—Pues para ser mujer —dijo con desenfado—, su mano no tiene nada de ligera. Y si fuera hombre, yo no hubiera soltado la frase anterior, por supuesto.

—Me parece que usted se está extralimitando en sus atribuciones, inspector —declaró ella con acento lleno de vehemencia.

Firthbry frunció el ceño.

—Parece que le molestan ciertos comentarios que le hacen en Kirlboro acerca de las relaciones existentes entre usted y el doctor Kirra, no obstante lo cual, le defiende con un calor harto sospechoso.

—Soy su secretaria y tengo la obligación de velar por que trabaje en paz y sin ser molestado, inspector —exclamó Handa.

—En este caso, temo que deberá molestarle de nuevo.

Hágale venir, se lo suplico.

—¿Me lo suplica o me lo ordena? —preguntó ella sarcásticamente.

—Tómelo como quiera, con tal de que me traiga aquí al doctor —respondió él sin inmutarse.

Handa le dirigió una escrutadora mirada. Luego, girando sobre sus talones, se encaminó hacia la puerta con paso rápido y decidido.

Firthbry meneó la cabeza. «Tan hermosa, y sin embargo...»

Kirra llegó minutos después, envuelto en aquella aura de olor que el joven empezaba a odiar ya con todas sus fuerzas.

—¡Esto es un ultraje intolerable, inspector! —gritó, apenas le echó la vista encima—. Informaré a sus superiores acerca de la conducta altamente incorrecta que está observando usted con cuantos residimos en Rhynie Court.

—Muy bien, doctor —replicó el joven fríamente, mientras extraía de su bolsillo un papel doblado en cuatro pliegues—. Es usted completamente libre de quejarse de mí, pero, por el momento, le ruego atienda lo que se manifiesta en ese documento. Léalo; es una orden firmada por el juez Tolstacker autorizándome para registrar Rhynie Court de arriba abajo.

CAPÍTULO IX

Al terminar el registro, Firthbry se sentía completamente desconcertado. Todo lo más que había hallado era un laboratorio, no demasiado grande ni tampoco con un exceso de instrumentos, con unas cuantas jaulas para cobayas y unos cuantos tubos de regular diámetro, de vidrio, con algunas moscas y otros insectos agitándose en su interior. Por lo que había podido apreciar, los insectos eran de lo más vulgar y su tamaño no sobrepasaba en absoluto lo corriente en un país de latitud media.

Al concluir su tarea, se hallaba en el vestíbulo. Kirra se puso las manos en las caderas y le contempló con expresión de aguda ironía.

—¿Y bien, inspector?

Deliberadamente, Firthbry había ocultado el incidente de la noche anterior, y no quiso mencionar la araña gigante que alguien había arrojado en su habitación con ánimo de borrarle del censo de los vivos. Por el momento debía callar el suceso, ya que no tenía la menor prueba de que fuera Kirra su autor. Sabía que era él —o bien su cómplice—, pero no tenía una base sólida en la cual apoyar tal afirmación.

—Lamento mi error y le pido mil perdones, doctor —dijo.

—¡Su error! —barbotó el médico—. Me quejaré a sus superiores, sí, señor. Ahora mismo escribiré una carta, denunciando la inaudita forma de proceder que tiene usted con los ciudadanos honrados y pacíficos. Haré que lo echen de la policía, inspector.

El joven apretó los labios.

—Mi jefe directo es el comisario Mac More, de la División Especial, de Glasgow —contestó.

—Tomaré nota del nombre, inspector. Y ahora, buenos días y adiós.

Kirra giró sobre sus talones y se marchó, dejando a Firthbry en el vestíbulo con Handa Campbellton.

Los dos jóvenes se miraron en silencio durante unos momentos.

—Usted sabe que cuando yo he venido aquí a efectuar un registro, es porque tenía razones fundadas para ello, señora —dijo él, al cabo de casi medio minuto de silencio.

Ella esquivó su mirada.

—No hay nada delictivo en esta casa —murmuró.

—Posiblemente, no delictivo en el sentido legal que se les da a las cosas, pero sí en otro sentido mucho más amplio, pero no por ello menos digno de castigo. O por lo menos, de severa vigilancia.

—Ya ha registrado la casa. ¿Es que no tiene bastante? Ha podido ver que no hay en ella nada de particular, inspector.

—Con permiso; yo opino todo lo contrario. El mandamiento que he traído sirve sólo para hoy, pero en el momento en que disponga de más pruebas, volveré. Y quizá entonces traiga más gente para ayudarme. ¿Por qué no se franquea usted conmigo, antes de que sea acaso demasiado tarde?

El pecho de la joven palpitó bruscamente.

—No tengo nada que franquearme con usted, inspector —dijo secamente. E inició una media vuelta para dejarlo solo, pero Firthbry la detuvo.

—Espere un momento, señora Campbellton.

Ella se volvió lentamente.

—¿Qué es lo que quiere usted? —preguntó.

—Tengo la sensación de que está usted en esta casa contra su voluntad.

—Es mi casa —arguyó ella débilmente.

—Ahora, como si no lo fuera. Kirra dispone absolutamente de todo cuanto hay en ella.

El rostro de Handa se coloreó vivamente.

—De mí, no, inspector. Enfáticamente, le digo que no dispone de mí.

—¿Esta segura? La actitud de Kirra indica todo lo contrario. — De repente concibió una súbita sospecha y se inclinó hacia ella—. ¿Es que la muerte de su marido tiene algo que ver con este asunto?

—Mi esposo se emborrachó, cayó en la nieve y murió congelado —declaró Handa sin inmutarse.

—Ésa es la versión oficial del suceso. Pero ¿cuál es la auténtica, señora Campbelton?

—La que acaba de oír —respondió ella—. No hay ninguna otra versión.

Firthbry reflexionó durante unos momentos.

—¿Por qué no me dice usted la verdad, señora? ¿No se da cuenta de que hablando con plena sinceridad, todos ganaríamos mucho?

Ella permaneció impasible. Pero Firthbry era un joven observador y se dio cuenta de que los ojos de la joven aparecían sospechosamente húmedos.

Firthbry lanzó un suspiro de resignación.

—Está bien, señora Campbelton —dijo—. Tarde o temprano se sabrá la verdad, pero permítame decirle que cuanto más tarde se sepa, peor será para usted. Me es simpática, porque he podido darme cuenta de que sufre y no por su gusto precisamente, por lo cual me gustaría ayudarla. Pero para ayudar a una persona, es preciso que ella desee que la ayuden. Si usted no está en ese caso... lo siento, no puedo hacer más que usted misma.

—Es usted muy amable, inspector —contestó ella, con voz que al joven le pareció ligeramente vacilante—. Por ahora, muchas gracias, no necesito la ayuda de nadie.

—Está bien, señora Campbelton. Quizá otro día nos veamos y no en mejor situación que ésta, por supuesto.

—Adiós, inspector.

—Adiós, señora.

Handa permaneció unos minutos en el vestíbulo, silenciosa, convertida en una estatua. Luego, caminando lentamente, como abrumada bajo el peso de una pena tremenda, se adentró en una de las habitaciones, que cruzó sin detenerse, pasando al laboratorio donde se hallaba el doctor Kirra mirando a través de un microscopio.

Kirra alzó los ojos al verla entrar y sonrió mefistofélicamente.

—¿Ah, es usted, querida mía? ¿Se ha ido ya el inspector?

—Sí —contestó la joven, con voz átona.

—Un tipo entrometido, ¿eh? —comentó Kirra en tono intrascendente. Se quitó las gafas que usaba para corta distancia, dejándolas apoyadas sobre la mesa, y encendió un cigarrillo—. Y

con suerte, además, con mucha suerte.

—No le entiendo, doctor —dijo ella, arqueando las cejas.

—La noche pasada le envié un regalito. Está vivo, de modo que eso indica que fracasé. Tendré que ser más listo en la próxima ocasión.

Los ojos de la joven se cubrieron de horror.

—¿Qué es lo que le ha hecho usted? —gritó casi.

—Calma, calma —dijo Kirra tranquilamente—, no se excite usted. Fue solo un ejemplar de uno de mis animalitos, un bebé todavía. Me imagino que el gallardo inspector debió ser más listo que el bicho y lo mató. —De pronto frunció el ceño—. Ahora me preocupa lo que haya podido hacer con él. Si lo ha escondido demasiado bien... Aunque Passoe habrá sabido actuar con discreción, espero.

—Usted no puede hacer eso, doctor —clamó ella—. Es un policía. Si lo mata, será su perdición.

—¿De veras? —Kirra se burló de las aprensiones de la joven—. ¿Mi perdición... o la de nosotros dos?

—¡Yo no tengo nada que ver con sus cosas! —gritó Handa vehementemente.

—Oh, oh, mi querida señora Campbelton... —rió el médico cínicamente—, no me diga usted que no tiene nada que ver con mis cosas. ¿Cómo podría haber encontrado a un hombre más complaciente que yo? ¿Se imagina lo que habría sucedido de haber habido en Kirlboro un médico con ganas de examinar a fondo cierto cadáver que apareció una buena mañana, bien rebozadito, en la nieve? ¿Eh, qué me dice usted, mi hermosa Handa?

El rostro de la joven adquirió una blancura infinita. Se apoyó en una mesa, mientras se llevaba la otra mano al pecho.

—Usted sabe bien lo que ocurrió —dijo con voz ahilada.

—Yo sí, pero ¿qué diría un jurado compuesto por doce ignorantes campesinos? La fama del extinto señor Campbelton no era muy buena como esposo y como ciudadano; mas aun así, no era suficiente para justificar una muerte violenta que se hizo pasar por accidental.

—Tampoco usted saldría bien librado si se examinara el cadáver —alegó Handa.

—Bien, es posible que así fuera, pero, de todas formas, la

evidencia era tan grande, que aun el mejor médico del mundo hubiera caído en la tentación de expedir un certificado de muerte por congelación. Un ebrio habitual que se duerme sobre la nieve en la mitad de una cruda noche de invierno... cualquiera habría hecho lo mismo que yo. Lo más que podrían acusarme es de cierta negligencia en la investigación «post-mortem», pero eso, bien lo sabe usted, mi adorada Handa, no es lo mismo que someterse a una acusación por homicidio.

—No se atreverá usted a hacer tal cosa —dijo ella con vehemencia.

—Bueno, mientras usted se comporte normalmente, yo lo haré también. Mi silencio a cambio del suyo, no lo olvide.

—¿Acaso he hablado una sola palabra de los infernales experimentos que está usted llevando a cabo en esta mansión? —protestó ella.

—No, ni lo hará —rió Kirra cínicamente. De pronto tiró el cigarrillo y, abandonando el taburete en que estaba sentado, se acercó a la joven, tomándola por la parte alta de los brazos—. ¿Cuándo se va a convencer de que todo esto que hago es por usted?

Handa no contestó. Muda de horror, miraba en silencio al hombre que la sujetaba por los brazos, fascinándola con el singular brillo de su mirada, con la diabólica expresión de su rostro y la perversa sonrisa que flotaba en sus labios gruesos y carnosos.

—Todo esto lo hago por usted —musitó Kirra, acercándose más a ella—. Y usted, en cambio, me detesta profundamente, cuando sabe que no hay otro hombre más enamorado ni rendido a sus encantos que yo. ¿Cómo quiere que se lo repita para convencerla, querida Handa?

La joven sintió en su rostro el aliento quemante de Kirra. Permanecía quieta, morbosamente fascinada por las palabras del médico, sintiéndose como un débil pajarillo en las garras de un gato. La cabeza de Kirra se ocultó en el redondo hueco de su cuello y hombro izquierdo. De pronto, Handa sintió un fuerte estremecimiento al percibir en su piel la ávida caricia de los labios del médico.

Exhaló un grito de repugnancia y se soltó vivamente.

—¡No, no —jadeó—, no me toque usted! ¡Le odio, doctor! ¡Le odio y me da asco! ¡Un asco infinito, sí, sépalo usted de una vez!

¡Estoy obligada a callar y a mantenerme en silencio, porque tengo miedo, un miedo espantoso a lo que podría sucederme si hablara, pero ello no significa que haya de ceder a sus torpes deseos!

Una mueca de odio demoníaco transformó durante unos segundos el rostro de Kirra. Pero fue durante un cortísimo espacio de tiempo. Enseguida volvió a adoptar su talante habitual, cínicamente risueño.

—Es cuestión de tiempo —dijo—. Tiempo y paciencia. Yo dispongo de ambas cosas en abundancia, querida. Sí, ya sé que ahora le inspiro esos sentimientos, pero confío en que un día variará de modo de pensar. Ya conoce usted la canción. «La donna e mobile». ¿Por qué ha de ser usted distinta de las demás, mi hermosa Handa?

—Por nada del mundo me casaría con usted —contestó ella, lívida, jadeante—. Le aseguro que...

Kirra alzó una mano.

—No asegure nada, Handa; así no tendrá luego nada de que arrepentirse. Esperaré, repito. Tiempo y paciencia, he ahí mi lema.

Sus ojos brillaron de pronto, a la vez que crispaba las manos.

—Sí, tiempo y paciencia —dijo, haciendo chirriar los dientes de cólera—. Un día seré famoso en el mundo entero; mi nombre se aireará en todas partes y de todos los rincones de la tierra vendrán a visitarme los sabios más célebres. Entonces, mi querida Handa, puede que usted reconsidere sus sentimientos hacia mí y acceda a convertirse en la esposa del celeberrimo doctor Kirra.

Ella no contestó. Sonriendo tranquilamente, Kirra se acercó a un armario de vidrio y metal, que había junto a uno de los muros, y en el cual había numerosas cajitas con insectos disecados.

El médico emitió una infernal carcajada. Presionó un resorte y el armario empezó a girar lenta y silenciosamente, dejando ver el negro hueco de un túnel, cuya escalera descendía hacia el interior de la casa.

—¡Ese policía es idiota! —rió estruendosamente—. ¡Pensó que podría descubrir mi secreto antes de tiempo! ¡Estúpido, mil veces estúpido!

Handa se tapó los oídos con las manos. Pero aun así, las estridentes carcajadas del médico perforaron aquella barrera y le llegaron hasta el cerebro con la virulencia de una barra de hierro al

rojo vivo.

Aquella mañana, Firthbry cometió un error: marcharse cuando vio que los labios de Kirra buscaban vorazmente la tersa piel del esbelto cuello de la muchacha. Había dado la vuelta a la mansión y espiaba cautelosamente a través de la vidriera de la ventana del laboratorio, presenciando la discusión, aunque sin poder oír nada de lo que se hablaba a pocos pasos de distancia. Pudo darse cuenta de que Handa se mostraba enojada con Kirra, pero luego vio que ella cedía a la caricia del hombre.

Decepcionado y asqueado a un tiempo, dio por terminada su observación, ignorante de que, de haberse quedado allí solo unos minutos más, el rumbo de los acontecimientos habría variado de forma radical.

Por tanto, no pudo ver que Kirra se adentraba en el misterioso laboratorio que él había buscado con tanto ahínco y con infructuoso resultado. Lleno de desánimo en lo que a sus asuntos particulares se refería, regresó a la aldea.

Al llegar a Kirlboro, se encontró con una gran sorpresa.

—Passoe, el ayudante del doctor Kirra, ha estado aquí —manifestó Enna Mac Aulry—. Dijo que usted le había enviado a su habitación a recoger un encargo. Estuvo arriba unos momentos y luego se marchó.

Los músculos de la mandíbula del joven se crisparon. Ahora comprendía por qué había podido observar el interior de la casa sin ser molestado. Evidentemente, se dijo, Kirra no perdía el tiempo.

CAPÍTULO X

La araña no estaba en la maleta. Firthbry se insultó a sí mismo por no haberla remitido en el acto a Glasgow. Pero no se le había ocurrido sospechar que Kirra podría contraatacar de aquella manera y, por otra parte, hasta su llegada a Rhynie Court, se había pasado la mayor parte del tiempo discutiendo con el juez Tolstacker, tratando de convencerle de la necesidad de expedir el mandamiento de registro. Tolstacker había argumentado que Kirra estaba muy bien considerado y era altamente apreciado por los habitantes de Kirlboro, y sólo a última hora y bajo la poco velada amenaza de recurrir al magistrado del condado, había cedido y expedido el mandato de registro.

Ahora, Firthbry meditaba en la excusa que debería presentar al juez, sintiéndose fracasado en su gestión. Por otra parte, mientras no llegase una respuesta de Glasgow, debería estar parado, o poco menos.

Descendió más tarde a la taberna y se sentó en un rincón. Enna le llevó una jarra de cerveza.

—Dígame, señorita Mac Aulry —preguntó—, ¿vio usted salir a Passoe de la posada?

—Sí, inspector.

—¿Llevaba algo en la mano?

—Sí, una especie de bolsa de piel de regulares dimensiones.

—¿La traía a su llegada?

—Sí, claro.

Firthbry se tironeó del labio inferior. La araña había salido en la bolsa de piel, en la cual, a la llegada, Passoe habría traído algunos trapos, unos pañuelos, por ejemplo, para simular el mismo bulto que a la salida, con el fin de no levantar sospechas. Hombre astuto

el tal Kirra, dictaminó.

—Escúcheme, Enna... ¿Puedo llamarla así?

—Claro, inspector —sonrió la muchacha.

—¿Qué puede contarme usted de la señora Campbelton?

El gesto de Enna se endureció repentinamente.

—No me gusta hablar mal de las gentes sin fundamento —dijo en tono un tanto seco.

—¿Y tiene alguno para hacerlo respecto de Handa Campbelton? —inquirió Firthbry intencionadamente.

—La gente podría pensar que lo hago por despecho —contestó.

—¿Por qué no se franquea conmigo? —sugirió el joven.

Ella suspiró hondamente.

—Está bien —dijo—. Antes de casarse, Jonathan Barclay era uno de los que merodeaban en torno a Handa. Ella parecía muy complacida de sus homenajes, pero no le hacía demasiado caso. La prueba es que se casó con Campbelton.

—Y Fargo Campbelton murió un buen día.

—Sí. Al año y medio de su matrimonio, más o menos.

—¿Qué opina usted de la muerte de Campbelton? He oído decir que se emborrachó, cayó sin conocimiento sobre la nieve y murió congelado.

Enna sonrió maliciosamente.

—¿Quién lo arrojó sobre la nieve para que durmiera la borrachera al aire libre, con diez o doce grados bajo cero? Pero si yo dijera que fue Handa, aparte de que no tengo ninguna prueba, podría ser acusada de difamación. Y además de que dirían que lo hice por despecho.

—¿Es que Jonathan ha seguido importunando a Handa Campbelton?

—Bueno, cuando ella se casó, pareció olvidarla. Entonces se dedicó a merodear en torno mío.

—¿Y...?

—Últimamente lo he visto un poco reticente, eso es todo.

—¿Acaso le agrada a Handa? Por lo que sé, ella vive muy retraídamente. ¿Se han visto alguna vez después de la muerte del esposo de Handa?

—No lo sé, pero tampoco diría que no —contestó Enna.

Firthbry asintió pensativamente. En su opinión, se trataba de un

simple asunto de celos. Enna le había dicho días antes que no quería que la creyesen celosa de Handa Campbelton, lo cual significaba que la muchacha estaba enamorada de Jonathan Barclay. Sería interesante interrogar a este último, pensó.

—Muchas gracias, Enna —dijo al cabo.

La mañana era radiante y anunciaba un día esplendoroso. Firthbry había estado en la oficina de Correos, donde le anunciaron que no se había recibido ninguna correspondencia a su nombre. En vista de ello, y puesto que no podía hacer nada por el momento, se fue a buscar al joven Barclay y le propuso un paseo.

—Si es que no tiene nada más urgente que hacer por ahora —añadió cortésmente.

—Cómo no, inspector. Aguarde un momento; enseguida estoy con usted.

Firthbry y el muchacho salieron de la aldea, contemplados especulativamente por unas cuantas docenas de ojos curiosos, de los cuales el policía no hizo el menor caso. En realidad, Firthbry lo que quería era hablar a solas con Barclay.

Caminaron durante un buen rato, charlando de té mas indiferentes. Luego, a los pocos momentos, el policía hizo una pregunta:

—Tengo entendido que en tiempos usted pretendía a Enna Mac Aulry, Jonathan.

El rostro del muchacho se coloreó ligeramente.

—Bueno, es una muchacha excelente y muy bonita —divagó un poco.

—Ayer me confesó ella que no sentía celos de Handa Campbelton.

Barclay rió suavemente.

—Enna es un poco mandona, inspector. Bien, lo cierto es que no ha habido hombre joven de la aldea que no se sintiera enamorado de Handa en una época u otra. Yo también, lo confieso, aunque jamás se me ocurrió tomar la cosa en serio. Ella me lleva tres años.

—Es decir, que ahora tiene veintisiete —aventuró Firthbry.

—Sí. Se casó a los veintitrés, más o menos, cuando yo acababa de cumplir los veinte. Enna tenía entonces dieciocho. Pero lo mío no pasó de un enamoramiento a distancia, Handa no me prestó nunca la menor atención.

—Y se casó con Fargo Campbelton, el dueño de Rhynie Court.

—Sí. Fargo era un hombre gallardo y apuesto, hay que reconocerlo. Cualquier mujer se habría sentido inmediatamente atraída hacia él, y Handa, claro está, no iba a ser una excepción.

—Pero era un borracho habitual.

—Oh, sí. Eso les sucede a todas las mujeres; creen que cuando se casan, moldearán a su antojo el carácter del esposo. Handa debió pensar que el matrimonio haría cambiar a Fargo. Puede que lo consiguiera en los primeros meses, pero luego Fargo se entregó de nuevo a la bebida.

—Y la golpeaba.

—Nadie puede ufanarse de haberlo visto, aunque éstos son los rumores que corrían por la aldea.

—¿Usted lo cree, Jonathan?

El muchacho hizo un gesto ambiguo.

—Bueno, dado el carácter un tanto violento de Fargo, carácter que se exacerbaba cuando bebía una copa de más, no es de extrañar que la pegase.

—Y entonces ella, acaso, tramó la supuesta borrachera para quitarse de en medio a un marido enojoso.

—Bien, algunos rumores corrieron por la aldea en tal sentido. Pero el informe del doctor Kirra demostró que se había dormido sobre la nieve, como consecuencia de una formidable borrachera.

—Eso supondría, por ejemplo, que ella le hubiese alentado para beber aquella noche —apuntó el policía.

Jonathan se echó a reír.

—O quizá estaba demasiado harta para esperar y la asestó un golpe en la cabeza y luego lo arrojó a la nieve, vaya usted a saber.

—El caso es que el doctor Kirra firmó un certificado de defunción por congelación. ¿No se hizo ninguna investigación al respecto?

—Oh, sí, claro; y la dirigió el juez Tolstacker, pero como todos sabíamos quién era el tal Campbelton, nadie se extrañó demasiado de lo sucedido.

—Sin embargo —murmuró el joven—, cuando empiezan a circular rumores de una muerte intencionada, el deber del magistrado que dirige la investigación es apurar todos los recursos hasta demostrar la veracidad o la mentira de tales rumores, de una

manera concluyente.

Jonathan volvió a encogerse de hombros.

—Bien, si Kirra lo dijo así... Kirra es un hombre muy considerado en la aldea, ésta es la verdad, inspector. Para casos corrientes, nos apañamos con el veterinario; pero cuando la enfermedad reviste cierta gravedad, Kirra no ha vacilado nunca en ayudar al enfermo. Nunca aceptó un penique por sus servicios, y además he de decirle que todos los enfermos que atendió sanaron, cosa que no puede decirse del médico anterior.

—Así se comprende que en Kirlboro lo estimen tanto.

—Es cierto, inspector.

—¿Y nadie ha comentado el hecho de que Kirra y Handa...? Bien, no quisiera ser demasiado suspicaz, pero... ¿qué opina usted de las posibles relaciones entre los dos?

—Bueno, respecto a este asunto, la gente no habla muy bien que digamos. Pero somos tolerantes, sobre todo teniendo en cuenta que si enojásemos a Kirra y le hiciéramos marchar, nos quedaríamos sin médico en Kirlboro. Es un proceder egoísta, ya lo sé, pero ¡qué podemos hacer! Por otra parte, usted debe figurarse sobradamente en qué consisten esas murmuraciones... «Se sospecha... se dice... se imagina...», pero nadie ha podido probar nada en concreto, salvo que ella debiera haber traído a una mujer para que le hiciese compañía en Rhynie Court.

—En tal caso, se habrían salvado las apariencias, nada más —opinó Firthbry.

—¿Y qué es lo que quiere la gente, sino que se cubran las apariencias? —dijo Jonathan con moderado cinismo.

Firthbry sonrió. Sacó la pitillera y ofreció tabaco a su acompañante.

Mientras encendía el cigarrillo, Jonathan dijo:

—¿Sabe, inspector? Me intriga saber quién penetró en mi casa y me golpeó. ¿Por qué lo haría?

—¿Revisó bien su laboratorio después de mejorar del golpe?

—Sí, claro.

—Debiera haber examinado los clichés que conserva. Quizá le falten los que obtuvo de la señora Branthill.

Jonathan se quedó parado.

—Es cierto —exclamó—. No se me había ocurrido. Lo haré en

cuanto llegue a casa, se lo prometo, inspector.

El joven se detuvo de pronto. Estaban al pie de una pequeña prominencia del terreno, en cuya cima se divisaba un recinto tapiado de inconfundible apariencia.

—Si no me equivoco —dijo—, ése es el cementerio.

—Cierto, inspector.

Serpenteando por entre una doble fila de añosos robles, un angosto caminito subía la pendiente de la pequeña colina, cuya cresta se hallaba a unos veinticinco o treinta metros por encima de ellos y a ciento cincuenta escasos de distancia. Firthbry se sintió al instante invadido por una extraña curiosidad.

Antes de que pudiera formular ningún deseo, se oyó la bocina de un auto. Los dos hombres volvieron el rostro.

La carretera era un tanto angosta en aquel lugar. El automóvil tuvo que reducir su marcha, para echarse a un lado y permitir el cruce con una carreta atestada de heno.

El coche casi pasó rozándoles. Handa Campbelton iba al volante y les contempló con expresión escrutadora.

Firthbry se descubrió cortésmente. Jonathan agitó la mano.

—¡Hola, Handa!

—Hola, Jonathan —dijo ella, sonriendo tenuemente—. Buenos días, inspector.

—Buenos días, señora Campbelton.

La carreta pasó. Ella embragó y pisó el acelerador, alejándose inmediatamente.

—Hermosa mujer —suspiró Jonathan.

—No se queje —sonrió Firthbry—. Enna no le va a la zaga.

—Sí, claro. Bueno, espero convencerla un día u otro de que sus celos son completamente infundados. ¿Seguimos el paseo, inspector?

—Sí, claro, pero... me gustaría visitar el cementerio, si usted no tiene inconveniente, Jonathan.

—Oh, por supuesto que no. Vamos.

Minutos después, el muchacho empujaba la vena de entrada, que chirrió al girar sobre unos goznes llenos de óxido. Cruzaron el umbral y caminaron lentamente por entre las hileras de tumbas, en medio de un absoluto silencio.

La quietud era completa. Pese al fúnebre ambiente, los dos

hombres se sintieron invadidos de una extraña paz, de una calma singular, alejados por unos momentos de las miserias y estrecheces cotidianas de la vida.

Allí, pensó Firthbry, era adónde iban a parar todas las pompas y vanidades. Vanidad de vanidades, todo concluye en polvo...

Caminó ligeramente detrás de Jonathan. El muchacho se detuvo de pronto ante una tumba cubierta con una sencilla losa de piedra, con una pequeña cruz grabada en su superficie gris. Había también una inscripción:

Fargo Campbelton

5 — 8 — 1929

2 — 12 — 1961

—Me imaginé que querría venir aquí —sonrió Jonathan.

Firthbry asintió con la cabeza. El muchacho añadió:

—Ese año nevó temprano.

—Sí, lo recuerdo.

El joven permaneció contemplando la tumba durante unos momentos todavía. De repente, una frase acudió a su mente. La había pronunciado Jonathan al comentar la muerte de Campbelton:

«O quizá estaba demasiado harta para esperar y le asestó un golpe...»

¿Podía haberse producido semejante posibilidad? Se preguntó.

Si Campbelton era un alcohólico habitual, era de suponer que no perdiese el conocimiento hasta el extremo de salir a pasear por la nieve con una temperatura de diez o doce grados bajo cero. Lo lógico, siguió con sus deducciones, era que se hubiese sentado a beber al borde de un buen fuego, junto a la chimenea del salón por ejemplo. Entraba mucho más dentro de lo posible el caerse al fuego y quemarse, que no salir al exterior, corriendo el riesgo de morir helado, como así había sucedido. Al hallarse totalmente embriagado, habría perdido el conocimiento, pero en el momento de comenzar a beber, no tenía por qué terminar de emborracharse en el jardín de Rhynie Court.

Pero, si Fargo Campbelton había recibido un golpe, ¿quién se lo había asestado? ¿Handa? ¿El doctor Kirra?

Pensó en la conveniencia de solicitar del juez Tolstacker un mandamiento para exhumar el cuerpo y examinar de nuevo los restos de Campbelton. Pero Tolstacker ya se había mostrado muy reacio a permitir el registro de Rhynie Court y ahora le negaría el mandamiento si no presentaba un argumento muy sólido en que basar su petición.

Por otra parte, si exhumaban los restos de Campbelton, ¿qué encontraría en ellos? Suponiendo que hubiese recibido el golpe que había apuntado Jonathan no era absolutamente preciso que la bóveda craneana resultase fracturada para que Campbelton perdiera el conocimiento. Sin embargo, era una posibilidad digna de ser tenida en cuenta.

—Está pensando en examinar los restos de Campbelton —dijo Jonathan de repente.

Firthbry sonrió.

—Así es, pero mucho me temo que el juez Tolstacker me niegue el mandamiento.

Jonathan sonrió sibilinaamente.

—Déjelo de mí cuenta, ¿quiere? Usted pídalo y yo apoyaré su petición.

—¿Cómo? ¿De qué manera? —se extrañó el joven.

—Ya lo verá en el momento oportuno, inspector. Soy tremendamente curioso y no pararé hasta llegar al fondo de este asunto. —Jonathan suspiró melancólicamente—. Siempre me gustó ser policía, créame.

—¿Por qué no intentó ingresar en la fuerza de Glasgow? —preguntó.

—Enna —contestó el muchacho simplemente.

—Entiendo —sonrió Firthbry.

De pronto, se arrodilló y empezó a examinar los bordes de la losa.

Jonathan le contempló con interés, arrodillándose también a su lado. Firthbry examinó la hierba que crecía junto a la losa, hurgando en la tierra con los dedos.

—Fíjese, Jonathan —dijo excitadamente—, alguien ha removido hace poco la tumba. La hierba debiera haber crecido junto a la losa, ¿no le parece?

—Sí —concordó el muchacho—. Pero hay un espacio de un

centímetro que está desprovisto por completo de hierba, sólo con la tierra y algunas diminutas raicillas.

Firthbry reflexionó unos instantes.

—Alguien ha venido aquí no hace mucho —dijo—, levantó la losa y manipuló en el ataúd donde yacen los de Campbelton. Luego dejó la losa sobre su sitio, pero no exactamente, sino un centímetro más a la izquierda. Y esto ha tenido que ocurrir hace menos de una semana, porque la hierba no ha tenido aún tiempo de crecer de nuevo en este espacio pelado.

Los dos hombres se miraron.

—Ahora sí que tiene usted un buen motivo para solicitar el mandamiento de exhumación, inspector —dijo Jonathan, resumiendo la situación en aquellas palabras.

CAPÍTULO XI

El juez Tolstacker era un hombre de mediana edad, unos cuarenta y siete años, fornido y robusto como un buen campesino y, también como buen campesino, receloso y suspicaz en sumo grado.

—Le firmé el mandamiento de registro de Rhynie Court a regañadientes, inspector —dijo malhumoradamente—. Kirra es una excelente persona y aquí, en la aldea, estamos todos muy contentos con él.

—Yo no estoy hablando ahora del doctor Kirra —replicó el joven—. Me limito a decir lo que Barclay y yo hemos visto: alguien ha removido la tumba de Campbelton no hace muchos días, posiblemente, menos de cuatro.

—¿Teme usted que se hayan llevado el cadáver? —preguntó Tolstacker, socarronamente.

—Oh, todo pudiera haber sucedido —contestó el joven simplemente.

—De todas formas... —resultaba harto evidente que Tolstacker se resistía a expedir el mandamiento.

—Vamos, vamos, juez —terció el muchacho—, haga lo que le dice el inspector. —Con muy mala intención, aunque con su mejor sonrisa, Barclay añadió—: Hombre, a mí, en su lugar, no me gustaría que se supieran ciertas visitas a la viuda Farborough.

Firthbry tosió violentamente. Lo hacía para ocultar una sonrisa. Tolstacker enrojeció.

—Eso es un indecente calumnia —protestó.

—Ya, ya —dijo Jonathan, sin perder un ápice de su flema—. Todos sabemos quién es usted, juez; un viejo solterón difícil de cazar, pero al cual le gustan mucho las faldas. En especial las que usa la viuda Farborough. Es una, mujer rolliza, pero agradable y de

buen ver aún a sus cuarenta años, a la cual no le desagradaría echarle a usted el lazo definitivamente y no en cortas, espaciadas y secretas entrevistas. ¿Eh?

Tolstacker rezongó algo entre dientes.

—Esto es un inmundo chantaje —dijo—. La viuda Farborough...

—Sí, sí, es una excelente mujer, con sólo una debilidad: atrapar al inatrapable juez Tolstacker. ¿Qué, firma el mandamiento?

Tolstacker se rindió.

—Esté bien, expediré el mandamiento. Pero la exhumación habrá de hacerse en presencia de la señora Campbelton. A fin de cuentas, ella tiene pleno derecho a estar presente en el acto.

Firthbry torció el gesto. La petición del juez, sin embargo, era justa: Handa Campbelton debía saber por qué se levantaba la losa que cubría los restos mortales de su esposo.

—Y necesitaremos, además —añadió el juez—, los servicios de un experto. El doctor Kirra.

—Para lo que queremos ver, no hace falta ningún médico —dijo el joven, de mal humor.

A este paso, se dijo, el cementerio se iba a convertir en una especie de Plaza Mayor en día de mercado.

—Si se sospecha, que la muerte del señor Campbelton no fue del todo natural, es decir, que hubo algo más que la simple borrachera que causó su muerte se necesita el informe de un médico para que dictamine de acuerdo con lo que se halle en los restos —arguyó el juez.

—Podemos hacer que vaya el veterinario —apuntó Jonathan—. Bueno, de todas formas, tiene que ir.

Firthbry extendió la mano.

—Es lo mismo, Jonathan. De todos modos, si ella ha de estar presente, Kirra querrá acompañarla también. Y tango la seguridad de que no querría dejarla sola. De manera qué ya puede ir avisándola, juez.

—Muy bien. A las siete de la tarde, en punto, todos en el cementerio —decretó Tolstacker, finalmente.

A las siete de la tarde, Tolstacker, Mac Dugan y el sepulturero, que por rara casualidad era también el veterinario, se hallaban ante la puerta del cementerio. Unos pasos a la derecha, Firthbry y Jonathan esperaban en silencio, fumando calmosamente unos

cigarrillos.

El resplandor de los faros de un coche rasgó de pronto las tinieblas. El automóvil se detuvo en la pequeña explanada que había ante la puerta del cementerio y tres personas se apearon del mismo.

Handa y Firthbry se miraron en silencio. Ella vestía un chaquetón de piel y pantalones de paño negro, y se cubría la cabeza con un pañuelo de seda.

Kirra parecía muy furioso, aunque hacía esfuerzos por contenerse.

—Creo que aquí se está cometiendo un terrible error —dijo con voz tensa—. Juez, este inspector le está engañando miserablemente. Trata de perjudicarme, ignoro por qué motivos, pero no lo conseguirá.

—Si cree que le perjudico, doctor —dijo el joven fríamente—, recurra a mis superiores. Ayer dijo algo parecido. ¿Por qué no lo ha hecho todavía?

Kirra no contestó, limitándose a dirigirle una colérica mirada. Entonces, el juez dio la orden de pasar al interior del recinto.

Mac Dugan y el sepulturero eran portadores de sendas linternas de petróleo, cuyos amarillentos resplandores arrojaban movedizas sombras mientras la pequeña procesión se movía serpenteando por entre las tumbas. Al fin llegaron a la sepultura de Campbelton.

El sepulturero había preparado una pequeña cabria con tres troncos cilíndricos en pirámide, de cuyo vértice interno colgaba un polipasto. Era el aparato que utilizaba para descender los ataúdes al fondo de las sepulturas y colocar después encima las losas de piedra o de mármol.

Ayudado por Mac Dugan y Jonathan, y empleando más palancas de hierro, levantaron un tanto la losa. A continuación, se pasó una cuerda por debajo, uniéndola luego al gancho de la cabria. Acto seguido, el sepulturero tiró del otro extremo.

Las roldanas del polipasto chirriaron estremecedoramente. Jonathan se unió a los esfuerzos de Malcolmson y la losa quedó totalmente suspendida en el aire. Después la apartaron a un lado, depositándola en el suelo.

Malcolmson saltó al fondo de la sepultura y enganchó el aparejo a las asas de bronce del ataúd. Jonathan y Mac Dugan lo izaron a la

superficie, en medio de un completo silencio, interrumpido únicamente por algunas cortas voces o el chirrido de las roldanas del polipasto.

Firthbry mantenía en alto uno de los faroles. Miró a Handa; la joven permanecía impasible, aunque con los labios fuertemente apretados. En cambio, se fijó que Kirra parecía sonreír con aire entre superior y desdeñoso. ¿Era que preveía que la exhumación había de resultar un fracaso?

El ataúd salió fuera de la tumba. Malcolmson utilizó un destornillador. La tapa giró a un lado. Entonces sonó un gemido.

Firthbry miró en dirección a la muchacha. Handa había vuelto el rostro a un lado, mientras su cuerpo sufría fuertes estremecimientos. El joven sintió por ella una infinita compasión, pero se dijo que el cumplimiento de su deber estaba por encima de cualquier sentimiento personal.

Volvió la vista hacia el ataúd. El cuerpo de Campbelton yacía en el fondo, con las ropas ya podridas y deshilachadas en muchos puntos, y los brazos descarnados cruzados sobre el pecho. El cráneo se advertía sin otra cosa que un poco de piel sobre las mejillas. Les dientes relucían siniestramente, como si el muerto riera macabramente desde el Más Allá.

—¿Y bien? —dijo Tolstacker, rompiendo el tenso silencio que había sucedido a la apertura del ataúd.

Kirra se arrodilló al lado del féretro.

—El cráneo está separado del tronco —dijo—, cosa natural, dado el tiempo en que ocurrió el fallecimiento. —Tenía las manos cuidadosamente enguantadas en negro. Tomó el cráneo y lo alzó fuera del ataúd—. Un poco de luz, por favor.

Firthbry acercó su farol. Kirra dio la vuelta completa al cráneo.

—Cómo puede ver, inspector, no hay la menor señal de golpe. El señor Campbelton murió en las circunstancias de todos conocidas. Es desagradable tener que repetirlo, pero se emborrachó, cayó en la nieve y murió; eso es todo. El señor Malcolmson, aquí presente, podrá corroborar mis manifestaciones.

—Así es —dijo el sepulturero-veterinario.

Kirra miró al joven con aire desafiador.

—¿Tiene algo más que alegar, inspector?

El joven se incorporó, limpiándose maquinalmente las rodillas

con una sola mano.

—Gracias —dijo secamente.

Kirra volvió el cráneo al ataúd. Firthbry miró a Handa; la mujer tenía los ojos morbosamente fijos en los restos del hombre que había sido su esposo. ¿Por qué antes había vuelto la vista y ahora parecía como fascinada por el espantoso espectáculo que ofrecían aquellos restos ya corrompidos y a punto de desintegrarse?

—Inspector —dijo el juez—, ¿tiene usted algo más que pedirme? Firthbry apretó los labios.

—Gracias, señor juez.

—El señor Kirra podría querellarse contra usted —dijo Tolstacker severamente—. Y yo me vería en la precisión de admitir la querella.

—Perdone, juez —manifestó el joven cortésmente—, pero yo no he formulado la menor acusación contra ninguno de los presentes. Solamente insinué la posibilidad de que Fargo Campbelton hubiera podido morir de una manera muy distinta de como se dijo en la investigación.

Tolstacker se quedó cortado. Jonathan soltó una risita.

—Lo único que puedo hacer —añadió Firthbry— es presentar mis excusas a los presentes y agradecerles su colaboración para esclarecer un caso de muerte aparentemente sospechosa. Celebro que no haya sido así y suplico mil perdones a la señora Campbelton.

—Según tengo entendido —dijo Kirra hirientemente—, usted vino a Kirlboro para investigar la muerte de la señora Branthill.

—Es cierto, doctor —contestó el joven sin pestañear.

—¿Cree que esta exhumación que hemos realizado tiene algo que ver con la muerte de la comadrona?

—Perdone, doctor, pero no es usted quien ha de formularme preguntas al respecto. Puedo contestarlas si me las hace el juez Tolstacker, pero sólo a él y sin ningún testigo delante.

Kirra se mordió los labios furiosamente.

—Está bien —dijo—. Marchémonos de aquí. Ya no tenemos que hacer nada en este lugar... ¿Señora Campbelton?

La joven dirigió una larga mirada a Firthbry. Éste creyó entender que Handa quería decirle algo, pero no logró descifrar el significado de la mirada.

Jonathan Barclay acudió a la posada al día siguiente, poco

después de la hora del desayuno. Firthbry lo había tomado en su cuarto y estaba mirando a través de la ventana con aire abstraído.

—Buenos días, inspector —saludó, apenas le vio.

—Hola, Jonathan —contestó él, sonriendo.

—¿Nada de nuevo? —preguntó el muchacho ansiosamente.

—No, aunque...

Firthbry se interrumpió de repente. Había estado pensando en ello durante buena parte de la noche, hasta que el sueño le había rendido.

—Kirra tomó el cráneo con las manos. ¿Por qué tuvo que decir que no había señal de golpe alguno? Nadie había mencionado hasta entonces tal circunstancia, excepto 84 usted y yo, y no lo habíamos hecho en público, por supuesto.

Los ojos del muchacho resplandecieron.

—¡Claro, es cierto! ¿Cómo no se me ocurrió pensar en ello anoche? Usted pudo haberle dicho algo, inspector. ¿Por qué no lo hizo?

El joven meneó la cabeza.

—No era el momento apropiado. Además, si el cráneo de Fargo Campbelton no presenta ninguna irregularidad extraña, hubiera corrido el riesgo de sufrir en verdad una querella. Y por otra parte, si Kirra golpeó al esposo de Handa, es preciso demostrarlo de una manera más concluyente. No todos los golpes dejan señales en el hueso, Jonathan.

—Eso es cierto —murmuró el muchacho, desalentado—. ¿Qué hará ahora, inspector?

Firthbry empezó a pasearse por la habitación.

—Lo que más me extraña es la seguridad con que actuaba Kirra. ¿Por qué cogió directamente el cráneo en lugar de haber examinado cualquier otra región del cuerpo?

—Y si la tumba estaba removida, ¿por qué la removieron?

Firthbry se quedó parado un momento en el centro de la estancia.

—Eso es —exclamó—. ¿Qué objeto tiene remover una tumba, si se sabe que el cadáver ha de aparecer con aspecto normal?

El joven se golpeó la palma de la mano con el puño cerrado.

—Aquí hay algo que no encaja, Jonathan. No tiene objeto remover una tumba que se supone ha de hallarse luego con toda

normalidad. Si los restos han de aparecer sin señales sospechosas, ¿para qué levantar la losa?

El muchacho se echó a reír.

—Mire, a lo mejor cambiaron el cráneo.

Firthbry le miró con ojos fulgurantes.

—¡Eso es! —gritó—. ¡Han cambiado el cráneo, Jonathan! ¡Usted ha tenido una idea genial, sensacional! Campbelton fue golpeado. El golpe le produjo fractura de cráneo... Muchas veces, el hueso se rompe sin que la piel se agriete siquiera. Si hubiera aparecido un cráneo con señales de fractura, habría sido necesario emprender una nueva investigación. Y esto no le convenía en modo alguno a Kirra, ¿comprendes?

—Es cierto, inspector —exclamó el muchacho vivamente—. Ese Kirra es un sujeto muy listo y se dio cuenta de que a usted podría ocurrírsele la idea de exhumar los restos de Campbelton, sobre todo después de haber registrado Rhynie Court. Si no temiera nada, ¿por qué realizar tal operación?

—Lo malo es —dijo Firthbry, mordiéndose los labios— que anoche no se nos ocurriera esto. Handa Campbelton podría haber examinado el cráneo con más detenimiento. No ofrecía un aspecto muy agradable, pero quizá podía haber advertido alguna señal particular que hubiese permitido identificarlo sin género de dudas. —Y de pronto recordó que después de volver la cabeza al ataúd, ella había estado contemplando los restos con ojos desorbitados. ¿Por qué? ¿Qué había visto la joven dentro del féretro?

—Me gustaría saber de quién es la cabeza que hay dentro del ataúd correspondiente a Campbelton —dijo Jonathan de pronto.

—Eso es relativamente fácil —contestó el joven—. Kirlboro es una aldea pequeña. Por tanto, las defunciones no pueden ser muy frecuentes. Y si, como sospechamos, Kirra cambió los cráneos, debió elegir el de una persona que muriera en una fecha aproximada a la de Campbelton.

Jonathan se puso en pie.

—Mejor que nadie, eso lo sabe Malcolmson. Iré a preguntárselo y volveré lo antes posible.

Alguien llamó a la puerta en aquellos instantes. Firthbry abrió.

Enna apareció bajo el dintel, con una carta en las manos.

—Su correo, inspector —dijo. Miró a Jonathan desdeñosamente

y luego dio media vuelta.

El muchacho volvió la cara hacia Firthbry y le guiñó un ojo alegremente. Luego bajó las escaleras silbando ruidosamente una vieja tonada escocesa.

Al quedarse solo, Firthbry abrió el sobre y extrajo del mismo una serie de documentos, que leyó con toda atención, en especial el que se refería a Kirra.

El informe estaba firmado por Mac More en persona.

«Según las huellas digitales, Kirra es Walter P. Jacobson, médico que en 1950 fue acusado de eutanasia en la persona de su esposa Diana, la cual padecía una enfermedad dolorosa e incurable. Se sospechó que Kirra, entonces Jacobson, había anticipado la muerte de su mujer; pero no se pudo demostrar, dada la habilidad del sujeto, analista de notable renombre. No obstante, el suceso produjo gran ruido en Londres, lugar donde residía anteriormente el interesado, y aunque el Real Colegio Médico le exoneró de toda culpa, las sospechas continuaron recayendo sobre él, por lo que se expatrió, permaneciendo ausente hasta hace unos tres años, en que regresó bajo el nombre de Kirra. Investigaciones practicadas por las autoridades brasileñas del Estado de Amazonas, informan que Kirra ejerció la Medicina durante casi nueve años en Barcelos, localidad situada a orillas del río Amazonas, a unas doscientas millas al NO. de Manaus, la capital del Estado, en donde, además, parece ser se dedicaba a experimentos de genética entomológica...»

Firthbry soltó una explosiva interjección.

—¡Genética entomológica! Esto lo explica todo... —y casi inmediatamente añadió—: No, aún faltan muchas cosas por explicar.

El laboratorio que él había visto era pequeño y mal provisto, en

su opinión. Si Kirra se dedicaba a la cría de insectos que medían al menos treinta o cuarenta centímetros, forzosamente tenía que disponer de un lugar más adecuado que el que él había visto, donde los insectos que había podido contemplar, eran todos de un tamaño enteramente normal. Además, la araña que le habían arrojado al dormitorio era del tipo que se halla en las selvas amazónicas, una «mygala», probablemente, aunque aumentada muchas veces su tamaño habitual por medio de experimentos genéticos y mutaciones en los cromosomas de sus «ascendientes».

Pero ¿cómo había provocado tales mutaciones? No por cruzamientos ya que con este procedimiento debería haber invertido una cantidad de tiempo forzosamente muy grande. Debía utilizar otro sistema. ¿Cuál?

Siguió leyendo el informe. El criado, ayudante, jardinero y, casi con toda seguridad cómplice, se llamaba Fernando Passoe y era natural de Dadanawa, en la Guayana Británica. Dadanawa era una localidad situada a unas cuarenta y cinco millas al Este de la frontera brasileña, de cuyo país procedían los padres de Passoe. El informe no mencionaba la forma en que se habían relacionado los dos hombres, aunque Firthbry supuso que la vigilancia en las fronteras no debía ser muy grande, debido a las dificultades opuestas por la jungla tropical. Passoe tenía todo el aspecto de un aventurero que hubiese terminado recalando en Barcelos, en donde se habría unido a Kirra.

El informe de Handa era mucho más lacónico que los dos anteriores y en cierta forma, más consolador para Firthbry: no existían antecedentes de ella.

El joven se quedó pensativo durante largo rato, con la frente apoyada en los cristales, mientras trataba de hacer encajar en su sitio las piezas que estaban fuera de su sitio. La que más le intrigaba era la que se refería al lugar donde Kirra realizaba sus fantásticos experimentos.

Súbitamente divisó un coche que atravesaba la calle, no lejos de la posada. Se estremeció; acababa de reconocer a la conductora.

Handa Campbelton había llegado a la aldea, seguramente para realizar algunos encargos. El joven tomó una repentina decisión.

Quince minutos más tarde, se hallaba a casi una milla de distancia, escondido en una revuelta del camino, mientras esperaba

pacientemente el regreso de la joven. Había estimado que la soledad del campo era el mejor sitio para hablar sin testigos.

Handa tardó en volver bastante más de una hora. Al fin, Firthbry oyó el suave rumor del motor del automóvil.

Salió al centro del camino y levantó la mano. Handa frenó a dos pasos de distancia.

—¿Qué es lo que desea, inspector? —preguntó ella con acento no demasiado acogedor.

—Creo que si se apeara usted, hablaríamos mucho mejor. ¿O prefiere que me siente a su lado? Así no tendría que molestarse en salir fuera del coche.

Handa apretó los labios. Firthbry, entonces, dio media vuelta, abrió la portezuela y se sentó a su lado. Extrajo la pitillera y le ofreció un cigarrillo, que la joven encendió con ademanes nerviosos.

—¿De qué tenemos que hablar usted y yo, inspector? —preguntó al cabo.

Firthbry se reclinó en el asiento.

—De un tema muy desagradable, señora Campbelton. Lo siento, pero no queda otro remedio.

Handa expulsó el humo con cierta violencia.

—Hable usted —dijo secamente.

—Debo referirme de nuevo a la penosa tarea que nos vimos obligados a realizar anoche. Lamento tener que mencionar la exhumación que ejecutamos, pero es absolutamente indispensable. —Mientras ella inclinaba la cabeza, Firthbry continuó—: Pude darme cuenta de que usted contemplaba los restos del que fue en vida su esposo. La cabeza no correspondía a la de Fargo Campbelton. ¿Es cierto?

Hubo una prolongada pausa de silencio. Luego, Handa, con voz apenas audible, murmuró:

—Sí, inspector, es cierto.

CAPÍTULO XII

Cortésmente, Firthbry esperó a que la joven se rehiciera un tanto.

—Por favor, cuénteme usted, señora —rogó.

—El primer molar superior izquierdo de mí marido tenía una funda de oro —murmuró ella sordamente—. La cabeza que vimos anoche carecía de esa pieza.

—¿No cabe la posibilidad de un error? —preguntó él.

Handa movió firmemente la cabeza.

—No, en absoluto.

—Eso significa que alguien, temiendo posiblemente una exhumación de los restos mortales de su esposo, cambió los cráneos. ¿Fue usted?

—¡Dios mío, no! —exclamó ella, convulsa y agitada.

—¿Kirra?

—Supongo que sí.

—¿Por qué? ¿Quién mató a Fargo Campbelton?

Ella aspiró el humo con creciente nerviosismo. Luego arrojó el cigarrillo a través de la ventanilla y se frotó las manos con gesto crispado.

—A veces lo dudo, inspector. Hay momentos en que pienso que soy una asesina. Otras veces me digo a mí misma que yo no pude ser, que yo no maté a Fargo... Pero no podría asegurar una cosa en ningún sentido, de una manera clara y positiva. ¡Si al menos hubiera alguien capaz de aclararme lo que sucedió aquella noche maldita! —se lamentó.

Sin obrar directamente, Firthbry la incitó a que hablase.

—Tengo entendido que entre usted y su esposo existían frecuentes desavenencias.

—Sí, es cierto.

Handa hizo una pausa; luego continuó, con la respiración muy agitada.

—Creí que al casarme con Fargo le haría cambiar No fue así, aunque en las primeras semanas abrigué la esperanza de que habría abandonado el alcohol. Lentamente, el licor fue apoderándose de él. Apenas si le importaba nada que no fuera beber, beber casi constantemente, hasta embriagarse como una bestia salvaje, hasta caer sin conocimiento en cualquier parte.

«Vino Kirra y nos alquiló Rhynie Court. Debo confesar que Fargo admitió el alquiler con gran complacencia; sus asuntos económicos no marchaban demasiado bien. Pero aquella afluencia de dinero sólo sirvió para aumentar su ración de alcohol. ¡Podía haber hecho tantas y tan buenas cosas...!

Firthbry lo ofreció un nuevo cigarrillo, que ella aceptó con una leve inclinación de cabeza.

—Fargo empezó a pensar mal de mí. Las cosas se habían puesto ya tan insoportables, que dormíamos en habitaciones separadas. Entonces empezó con sus celos, unos celos absurdos y sin fundamento. Decía que Kirra y yo... Oh, no soltaba apenas más que infamias por su boca cada vez que sacaba esta conversación a relucir. Francamente, yo ya no sabía qué hacer. Cada noche me veía obligada a encerrarme con llave en mi habitación; era ya repugnancia y asco lo que sentía por él, se lo aseguro.

Handa calló unos momentos. Su pecho subía y bajaba rápidamente, agitado por una respiración violenta y entrecortada.

—Creo que debió hacerse un duplicado de la llave de mi dormitorio —siguió, con la voz tremendamente alterada—. La noche en que murió irrumpió violentamente. Estaba muy bebido... tenía los ojos inyectados en sangre... Me dijo que era mi marido, que no tenía ningún derecho legal a mantenerle apartado de mí... Se arrojó sobre mí, luchamos... Yo me defendí con todas mis fuerzas... El amenazó con estrangularme... Casi llegué a perder el conocimiento... me rasgó todas las ropas. Tenía un candelabro sobre la mesilla de noche y lo cogí... Le di un golpe y cayó al suelo...

—Descanse un momento, por favor —dijo Firthbry, viendo la tremenda agitación que se había apoderado de la joven.

Handa continuó al cabo de unos minutos, algo más tranquilizada.

—Estaba solamente desvanecido. Le reanimé con agua fría y se despertó. Entonces, me asestó súbitamente un puñetazo y me hizo perder el conocimiento... Ignoro lo que sucedió después... salvo que al día siguiente apareció su cuerpo en la nieve.

»Kirra vino a verme. Me comunicó la noticia y me dijo que había observado huellas de un golpe en el cráneo de Fargo. Le conté lo que había sucedido y me dijo que él lo arreglaría todo. Así fue y todo se desarrolló con entera normalidad. A nadie le extrañó demasiado que Fargo hubiera aparecido muerto de frío, después de una de sus borracheras.

»Después de una o dos semanas, Kirra vino a verme. Estuvo hablando de algunas cosas sin importancia, dijo que tendríamos que arreglar el aspecto legal del contrato de alquiler, puesto que muerto Fargo, yo era la legítima propietaria de Rhynie Court... y luego dijo que cuando hubiese pasado un período prudencial, nos convertiríamos en marido y mujer. Aquello, como puede comprender, me dejó helada.

»Me negué rotundamente. Le dije que por el momento, ya tenía bastante con una experiencia matrimonial y que, además, no le amaba. Kirra no se inmutó. *No hace falta que me ame al principio; la convivencia y el afecto mutuo harán el resto después de que nos hayamos casado*, dijo. Le contesté que no lo creía probable. El insistió y dijo que ya lo discutiríamos otro día.

—No se altere, por favor —rogó el joven—. No tenemos ninguna prisa.

Ella le dirigió una triste sonrisa.

—Me gustaría saber qué está pensando de mí inspector —dijo.

—Bien, a lo que me parece, una víctima de las circunstancias, señora Campbelton.

—¿Es su opinión de policía o de hombre? —preguntó ella intencionadamente—. En mi caso, pueden existir dos opiniones, ambas diferentes, por supuesto.

—Creo que las dos coinciden —sonrió él—. Siga, se lo ruego.

—Bien, ya no hay mucho más que contar. Dos semanas más tarde, Kirra insistió de nuevo. Me negué otra vez. Entonces él dijo que poseía los medios para obligarme a ello. Kirra manifestó que

podía enviarme a la cárcel como asesina de mí esposo. Dijo que había oído todo y que sabía que le había golpeado. Yo sostuve que Fargo se había reanimado del golpe que le asesté. Kirra dijo que no lo negaba, pero que los golpes en la cabeza solían tener muy malas consecuencias y que él, como médico, lo sabía perfectamente. Podía haber sufrido un derrame cerebral o una fractura no advertidos en un principio, reanimarse, volver momentáneamente a la vida normal y luego fallecer repentinamente.

—Esto no es nada extraño —concordó el joven—. Ha sucedido en más de una ocasión.

—Pero yo no creo que el golpe que le di fuese lo suficientemente fuerte como para causarle la muerte —alegó la joven con vehemencia.

—Es posible. Sin embargo, pudo ocurrir tal vez como dice el doctor Kirra. De todas formas, en mi opinión, ya no puede seguir amenazándola.

—¿Por qué?

—Si ha sido él el autor del cambio de cráneos, se ha convertido en reo de unos cuantos delitos: exhumación ilegal, profanación de tumbas, ocultación de pruebas delictivas y, en fin, complicidad en un homicidio, voluntario o no. Porque si Fargo Campbelton murió a consecuencia del golpe, estamos ante un homicidio, aunque sea en legítima defensa.

Ella se mordió los labios. Una lágrima rodó por sus tersas mejillas.

—¿Qué puedo hacer yo, inspector? —gimió sordamente—. Aconséjeme, se lo ruego. Oh, desde que me casé con Fargo, mi vida ha sido un verdadero infierno. He podido resistir durante dos años y medio la bárbara presión del doctor... pero temo que llegue un momento que mis fuerzas no sean suficientes. Ahora ya no habla siquiera de matrimonio; lo expone con las frases más crudas.

—Me lo imagino —dijo él simplemente—. Le vi el otro día cuando la abrazaba en el laboratorio.

El rostro de la joven se cubrió de un vivísimo carmín.

—¡Nos vio usted! —exclamó.

—Sí —contestó él con los labios prietos—. Me marché inmediatamente.

Ella le miró con ojos llameantes.

—Donald, le aseguro que no ocurrió nada después. Ni antes tampoco; jamás ha habido nada entre Kirra y yo, se lo juro.

Firthbry movió la cabeza.

—Celebro que haya sido así, Handa —contestó—. No me la imagino a usted cediendo a los torpes deseos de ese criminal. ¿No sabe que estuvo casado y que mató a su esposa?

—¡Dios mío! ¿Es cierto eso?

—Sí. Ella estaba gravemente enferma y él abrevió sus padecimientos. No se le pudo demostrar, tan hábilmente realizó aquel acto de eutanasia, pero perdió todo su crédito y la buena fama que había tenido en Londres hasta entonces. Por eso se fue al Brasil. No se llama Kirra, sino Jacobson, Walter P. Jacobson.

El rostro de la joven se iluminó ligeramente.

—Si pudiera demostrar de modo concluyente lo que sucedió aquella noche... Donald, le juro que si golpeé a Fargo fue solamente por defenderme. Él me tenía ya medio muerta, me estrangulaba con sus propias manos... Si no lo hubiera hecho, me habría matado... Me cree, ¿no es cierto? —preguntó anhelosamente.

Firthbry sonrió.

—Creo que sí, que es preciso creerla —dijo, procurando darla ánimos.

—¿Qué hará usted ahora? —inquirió la joven.

—Bien, en realidad, estoy aquí para investigar a muerte de la señora Branthill. Ocurrió en unas circunstancias muy extrañas, las cuales forzaron a Mac Dugan a pedirnos ayuda. Teóricamente, mi labor debiera limitarse únicamente a esa muerte. En sentido particular debiera abstenerme de hacer nada que se relacione con usted y el fallecimiento de su esposo; éste es un hecho para el cual no hemos sido requeridos y, por otra parte, la investigación subsiguiente, ya dejó bien sentadas las causas que habían motivado su fallecimiento. Pero si se sospecha que la muerte no fue accidental sino provocada, entonces podría reabrirse el caso, aunque no es a nosotros a quienes corresponde tomar tal decisión, sino a las autoridades locales.

—Kirra está muy bien considerado en Kirlboro. El juez Tolstacker no querrá hacer nada en tal sentido. Y —añadió ella con un suspiro— no creo que a mí me convenga tampoco demasiado.

—¿Por qué no? Así se disiparían de una vez los rumores que

corren en torno a usted.

—Pero si el cráneo de Fargo aparece y se encuentra en él la señal de una fractura... Porque esa fractura tiene que existir a la fuerza; de lo contrario, ¿por qué realizar el cambio?

Firthbry se tiró del labio inferior.

—¿Recuerda usted dónde la asestó el golpe?

Handa reflexionó unos momentos.

—Creo que fue en el lado izquierdo de la cabeza... Sí, un poco por encima de la oreja. Dada la posición en que estábamos, tuve que golpearle en esa región.

—Si encontrásemos el cráneo, la señal de la fractura nos lo diría todo.

—Pero a mí me procesarían como autora de un homicidio —alegó la joven.

Firthbry hizo un gesto ambiguo.

—Dudo mucho que un jurado la condenase, a la vista de las circunstancias. Al cabo de tanto tiempo, es difícil probar nada contra usted. Tendrían que limitarse a declararla no culpable.

—No culpable no es lo mismo que inocente —adujo Handa.

—Sí, ya lo sé —suspiró él—, pero sería la única solución. Tampoco se podría probar nada contra Kirra, excepto los cargos que ya expuse antes.

—Entonces, estamos igual que antes —exclamó ella, desalentada.

Firthbry le dirigió una animadora sonrisa.

—Todo se arreglará, Handa, ya lo verá. Tenga un poco de paciencia, se lo ruego. Kirra ha obrado con notable astucia al realizar el cambio de cráneos, creyendo que usted no sería capaz de advertir la diferencia o, en todo caso, que callaría por no ser acusada de ese homicidio. Pero éste es un error que ha cometido y que acabará por descubrir su superchería y sus malas artes.

Handa se estremeció vivamente.

—¡Son tan horribles los experimentos que hace! —dijo.

—¿Los ha presenciado usted alguna vez?

Ella sacudió la cabeza.

—No, no me deja ver nada de lo que hace, excepto algunas cosas sin importancia. En alguna ocasión le he oído decir que cuando termine, su triunfo será indiscutible y que entonces recobraré la

fama y el buen nombre que le hicieron perder. No ha mencionado jamás lo que le ocurrió, pero ahora ya sé que se trata de su esposa.

—Por aquella muerte no se le puede formular ninguna acusación. Es por lo que ha hecho ahora, después de su llegada a Rhynie Court, por lo que podrá ser juzgado algún día... si encontramos las pruebas suficientes para enfrentarlo a un jurado.

Handa calló. Luego, de repente, consultó su reloj.

—Se me hace tarde, Donald.

El joven sonrió mientras se apeaba.

—Tenga confianza en mí —dijo—. Todo acabará resolviéndose y, espero, que favorablemente para usted, Handa.

—Dios le oiga —musitó ella.

Mientras regresaba a su casa, Handa notaba que se sentía mucho más ligera y calmada que en los últimos tiempos. Notaba cierta euforia, cierta alegría como no había sentido desde años atrás, antes de que se produjesen tales perturbaciones en su vida. Un tanto avergonzada, se preguntó a sí misma si era Donald Firthbry la causa de tales sentimientos y su respuesta hubo de ser afirmativa. Y no le importó mucho descubrir que se sentía muy inclinada hacia el policía.

Pero toda alegría y todo optimismo desaparecieron instantáneamente apenas hubo llegado a Rhynie Court. Passoe se ocupó de los encargos y ella subió a su dormitorio. Abrió la puerta y se encontró a Kirra sentado tranquilamente en el borde del lecho, con un objeto en la mano.

Handa contuvo un grito de espanto al reconocer el cráneo de su esposo.

CAPÍTULO XIII

Kirra sonreía con expresión realmente perversa.

—Acérquese, querida —dijo.

—¿Qué hace usted en mi habitación? —preguntó ella con voz sorda—. Salga inmediatamente, usted no tiene derecho a estar aquí.

El médico no se inmutó.

—¿Qué ha de hacer un hombre para poseer el derecho de poder entrar en este cuarto a cualquier hora del día o de la noche?

Handa se sonrojó violentamente.

—Usted no conseguirá eso que pretende en todos los días de su vida, aunque viviese más de un siglo —dijo ella con voz baja y concentrada.

—Pero ¡si ya estoy aquí! —exclamó Kirra en tono falsamente chancero.

Handa apretó los labios.

—Muy bien —dijo—, si usted no se va, me iré yo.

E inició el giro con ánimo de abandonar la pieza.

—¡Espere!

La voz de Kirra sonó con cierta violencia. Handa detuvo el gesto.

—¿Reconoce a quién perteneció este cráneo? —preguntó el médico, alzando la calavera en su mano.

Handa calló. Kirra sonrió levemente.

—Acérquese, se lo ruego —dijo.

Ella titubeó, pero acabó por hacer lo que le decían. Aunque trataba de resistirse a las órdenes de Kirra, a veces se sentía morbosamente fascinada, completamente inutilizada en lo anímico cuando él la dirigía una mirada que casi era magnética.

—Mire —dijo él. Volvió la calavera y le enseñó la parte posterior, en donde se divisaba una grieta de circo o seis

centímetros de longitud por dos o tres milímetros de ancho, situada en un punto donde no había ninguno de los trazos irregulares que indicaban el punto de unión de los diferentes huesos del cráneo—. ¿Se imagina lo que significa esta grieta?

Handa inspiró profundamente.

—Sí —contestó.

—Alguien golpeó a este infeliz con un objeto duro, probablemente un candelabro, fracturándole el cráneo.

—Yo no fui —contestó ella.

—¿Y quién aseguraría lo contrario?

Handa le dirigió una escrutadora mirada.

—Kirra, ¿a quién tiene usted miedo? —preguntó de sopetón.

El médico se quedó parado.

—A nadie —rezongó—. A nadie, por supuesto.

—Entonces, ¿por qué cambió los cráneos?

—Para evitarla a usted serios contratiempos con la policía —argumentó el científico.

Handa se iba recobrando poco a poco.

—Está mintiendo descaradamente. Efectuó el cambio de cráneo porque temía que la exhumación pusiera al descubierto que la muerte de mi esposo no fue todo lo natural que usted quiso hacer ver a los confiados aldeanos de Kirlboro.

—¡Lo hice por usted! —gritó Kirra furioso.

—Se hubiera visto que había fractura de cráneo, pero nadie habría podido demostrar que fui yo la autora del golpe —alegó ella con calor—. En cambio, usted no lo hubiera pasado muy bien, dado que certificó una muerte por congelación cuando era por fractura de cráneo. Es posible que nos hubiesen juzgado a ambos, pero en lo que a mí respecta, nadie, absolutamente nadie, habría podido probarme nada de manera concluyente. Hubiera sufrido molestias y daños, pero habría terminado absuelta. Usted no lo habría pasado muy bien, indudablemente. El fiscal habría sacado a relucir en el juicio la muerte por eutanasia de la señora Jacobson. ¿Cree que estos antecedentes le hubieran beneficiado, doctor... Jacobson?

Hubo un silencio. Los ojos del médico destellaron de súbito como los de un gran animal salvaje.

—Ha estado hablando con ese maldito policía —dijo, con voz baja, pero en la que latía una mal contenida nota de furor.

—No tengo por qué negarlo —respondió ella—. Soy libre de conversar con quien mejor me parezca. Sí, él me ha contado lo que le sucedió a usted con su esposa. Bien, ahora ya lo sabe. Si se atreve, entregue el cráneo de Fargo Campbelton a las autoridades de Kirlboro. Le será muy difícil explicar por qué realizó ese cambio. Pensaba que yo no hablaría, ¿verdad?

Handa señaló la mandíbula superior, en donde destellaba vivamente una de las piezas dentarias enfundada en oro.

—Me di cuenta inmediatamente, pero preferí callar. En aquellos momentos, temía ser acusada de la muerte de Fargo. Ahora, ya no me importa nada. ¿Por qué no lleva el cráneo al juez Tolstacker? Vamos, si piensa que sólo cederé a sus torpes deseos con las amenazas, ¿por qué no las pone en práctica?

Kirra se puso en pie lentamente. Sus ojos brillaban más que nunca.

—Está equivocada, Handa. Me he enamorado de usted, es la verdad. Pero hace ya dos años y medio que espero inútilmente una ocasión. Dos años sufriendo un verdadero infierno, esperando a que usted ablandase su corazón, no para enamorarse locamente de mí, sino solamente para sentir un poco afecto. Y ahora, en una semana, llega un hombre al que jamás había visto usted antes y se enamora de él ciegamente. Atrévase a negarlo, Handa Campbelton. Niegue que se ha enamorado del policía.

La joven cerró las manos, clavándose las uñas en las palmas, a la vez que inspiraba profundamente.

—¡Vamos —gritó el médico—, conteste!

—No lo sé —dijo ella con voz neutra—. No estoy segura de mis sentimientos hacia el inspector Firthbry, pero sí puedo afirmarle una cosa: es un hombre justo y recto, cualidades que usted no tiene. De lo único que sí estoy segura es que jamás, jamás le amaré a usted, doctor Kirra. Y ahora que ya lo sabe, haga lo que le parezca —terminó, desafiándole con el gesto y la mirada.

Kirra la miró durante unos segundos. Luego bajó la vista hacia el cráneo que aún tenía en la mano.

—Maté a Fargo por usted —dijo en tono bajo—. Era un perro, un canalla que no se merecía una mujer como usted; una bestia humana que no tenía derecho a la vida...



—Esto es un mandamiento de regis.ro...

—Por lo visto, usted tiene un criterio muy personal acerca de los seres humanos que deben y no deben existir —dijo ella sarcásticamente.

—¿Es ése todo el agradecimiento que me demuestra por haberla librado de una oprobiosa unión? —gritó Kirra.

—Nadie se lo pidió y, además, usted lo hizo con fines egoístas.

Súbitamente, Kirra movió el brazo furiosamente y lanzó la calavera hacia un rincón. El cráneo rodó con huecos sonidos, hasta chocar con la base de la pared opuesta.

Avanzó hacia la joven y la agarró por una de las muñecas.

—Usted me obedecerá —dijo—. Cederá, se lo aseguro. Tengo medios para obligarla a ello.

—Suélteme —jadeó la muchacha, pero la mano del médico parecía de acero.

Kirra tiró de la joven con tanta brusquedad qué estuvo a punto de derribarla al suelo. Ella gritó, pero sabía de sobra que nadie acudiría a sus gritos. A su pesar, fue obligada a salir de la habitación.

Descendieron las escaleras y entraron en el laboratorio. Passoe estaba allí y les miró con silenciosa curiosidad.

Kirra se dirigió al armario de cristal y pulsó el resorte que lo hacía girar. El armario se movió lentamente, hecho lo cual, Kirra y la joven emprendieron el descenso al sótano.

Handa conocía el lugar, aunque no había presenciado ninguno de los experimentos del doctor Kirra. El sótano era enorme y ocupaba toda la extensión del edificio. Había una serie de extraños artefactos que ocupaban casi la mitad del sótano y en el lado opuesto, una larga serie de grandes cajas, formando una larga fila en U que tenía en conjunto una longitud de casi veinte metros.

Las cajas estaban tapadas por la parte del frente con sendos paños de color negro, de modo que resultaba imposible ver lo que había en el interior de las mismas. El ambiente era cálido y húmedo, con una temperatura tropical sofocante; y un olor *sui generis* llenaba la vasta pieza con sus nada agradables emanaciones.

—Es usted una tonta incauta que no sabe lo que desea, Handa —dijo Kirra, rechinando los dientes—. Convirtiéndose en mi esposa, se convertiría en la mujer del hombre más grande no ya de Inglaterra, sino del mundo entero. Y ahora va a ver en qué se basa mi afirmación. ¡Mire!

Con gesto brusco, tiró de uno de los paños negros, poniendo al descubierto una jaula de alambre grueso, de un metro de lado aproximadamente. En el mismo momento, Handa, con los ojos desorbitados por el espanto, lanzó un grito agudísimo.

Donald Firthbry se entretenía trazando círculos con el dedo

sobre la mesa, empleando como tinta unos cuantas gotas de cerveza que se habían salido de su jarra. Mientras tanto, su mente funcionaba a toda presión, aunque sin obtener resultados prácticos.

Silenciosamente, Jonathan Barclay se sentó a su lado.

—¿Preocupado, inspector?

—Sí —contestó el joven—. ¿Por el cambio de cráneos?

Firthbry sacudió la cabeza.

—Dentro de su innegable importancia, ése es un asunto secundario. No olvidemos que estoy aquí para aclarar la muerte de la señora Branthill.

—Es verdad —comentó el muchacho, mordiéndose los labios.

—No pude hallar nada sospechoso en Rhynie Court —manifestó el joven, sin dejar de mover el dedo sobre la mesa—. Y. sin embargo, está allí... lo que sea.

—Kirra debe tenerlo muy bien escondido.

—Pero registré la casa de arriba abajo y no hallé nada de particular —alegó el joven.

—¿Está seguro?

—Bien, dentro de lo razonable... Oiga, Jonathan, usted está resultando una fuente continua de inspiración para mí. —Las pupilas de Firthbry relucieron de pronto—. Quizá haya en Rhynie Court una habitación secreta, donde Kirra realiza sus infernales experimentos.

—¿Una habitación secreta? —repitió Jonathan.

Firthbry se tiró del labio inferior.

—Recuerdo perfectamente la disposición de la casa —murmuró—. Si dispusiera de un plano...

—¡Un plano! —exclamó Jonathan—. ¡Yo sé dónde hay uno!

—¿Está seguro? —dijo el joven ávidamente.

—Ya lo creo. En casa de Mac Dugan. Además de policía, es delegado del recaudador de impuestos. Tiene una habitación donde se encuentran todos los planos y los mapas de las casas y tierras de Kirlboro. Esto es algo necesario cuando se trata de establecer la cuantía del impuesto que debe pagar cada uno.

Firthbry se puso en pie de un salto.

—Vamos a ver a Mac Dugan. Le diremos que nos enseñe el plano de Rhynie Court. Quizá de este modo podamos averiguar dónde tiene el doctor Kirra su cámara de los horrores.

El agente Mac Dugan se mostró un tanto reticente en los primeros momentos. Su resistencia se acabó muy pronto cuando Firthbry le dijo algo que lo dejó casi sin habla.

—Oiga, Mac Dugan —exclamó el joven—, en los primeros momentos se mostró usted muy ansioso de cooperar; incluso envió a Glasgow una impronta de la huella que dejó la bestia que mató a la señora Branthill. Después varió su opinión y dijo que aquello parecía la huella de una rama de pino. ¿Quién lo hizo cambiar de parecer? ¿Qué le dijo Kirra al respecto?

Mac Dugan retrocedió. Una expresión de temor apareció en su rostro.

—Yo no...

—Vamos, vamos —dijo el joven, en tono confianzudo—, hable sin temor. Nadie trata de perjudicarlo: lo único que deseamos es que se esclarezca la verdad por completo.

—Bueno —rezongó el policía—, la verdad es que obtuve dos moldes y uno de ellos se lo quedó el doctor Kirra. Me dijo que aquella huella no era de animal, sino de la rama de un pino. Él es médico y lo sabe mejor que yo, claro.

—Desde luego —asintió el joven, sonriendo. No quería ahondar en aquel asunto; a fin de cuentas, Kirra era muy apreciado en Kirlboro y no resultaba extraño que tuviera muchos defensores—. Ahora deseo que me enseñe usted el plano de Rhynie Court.

—Sí, por supuesto —contestó Mac Dugan, ansioso de cooperar—. Un momento tan solo, se lo ruego.

Mac Dugan volvió minutos después con unos rollos de papel en la mano, que entregó al joven. Firthbry los desplegó sobre una mesa, sumiéndose en su contemplación durante unos momentos.

El examen no duró mucho, sin embargo. Firthbry halló bien pronto lo que deseaba. Pegándose un fuerte golpe en la frente exclamó:

—¡Se supone que yo soy un inspector de policía, Jonathan! ¿Cómo no se me ocurrió antes?

El muchacho movió la cabeza con aire filosófico.

—Más vale tarde que nunca, inspector. ¿Qué es lo que piensa hacer ahora?

Firthbry sonrió con expresión de buen humor.

—Temo que el juez Tolstacker tendrá que expedirme otro

mandamiento de registro —dijo.

CAPÍTULO XIV

Donald Firthbry detuvo el coche ante la portalada cubierta de Rhynie Court y se apeó del mismo. Mientras lo hacía, Passoe abrió la puerta y le contempló con gesto receloso.

—Deseo ver al doctor Kirra —manifestó el joven secamente.

Passoe vaciló un momento.

—No sé si podrá recibirle —alegó evasivamente.

—Avísele en el acto y no me haga esperar demasiado —contestó el joven en tono imperativo—. Los motivos que me traen aquí no son como para tomarlos a broma.

—Muy bien, inspector —dijo el sujeto—. Tenga la bondad de pasar.

El joven esperó en el salón que ya conocía, hasta la llegada del doctor Kirra. Éste compareció diez minutos más tarde. Firthbry se extrañó de no ver a la joven, pero, prudentemente, se abstuvo de formular el menor comentario al respecto.

—Inspector —dijo el médico—, creo que su actuación está sobrepasando ya los límites de lo permisible.

—Todavía estoy esperando a que emita usted su queja, acerca de mí a mis superiores —respondió el joven sin inmutarse—. Parece, sin embargo, que no se siente muy inclinado a obrar de tal manera, ¿no es cierto?

Kirra apretó los labios.

—En los últimos tiempos —dijo—, se ha vuelto usted muy insolente, inspector.

—Se equivoca, pero no me interesa sacarle de su error —replicó el joven fríamente—. Por otra parte, sabe bien que si he venido a Kirlboro ha sido porque me han enviado mis jefes a investigar sobre las circunstancias de la muerte de la señora Branthill, circunstancias

que, usted lo sabe de sobra, no han sido aclaradas todavía.

—Creo haber emitido ya un informe detallado sobre dicha muerte —expresó Kirra sin inmutarse—. Por tanto, no es preciso volver a insistir sobre algo que ya está sobradamente aclarado.

—Yo no opino lo mismo, doctor —respondió el joven. Sacó un documento de su bolsillo y se lo tendió a Kirra—. Éste es un mandamiento de registro de esta casa, registro que efectuaré inmediatamente.

Kirra rompió el papel en dos trozos y lo tiró al suelo con gesto lleno de cólera.

—¡Usted no puede hacer tal cosa! —gritó.

El joven contempló tranquilamente los trozos de papel que yacían en el suelo.

—Parece que tiene usted mucho interés en que no examine la casa, doctor.

—Ya lo hizo días atrás y no encontró nada. ¿Es que piensa que ahora lo va a conseguir?

—El otro día pasamos una habitación por alto. Usted se cuidó mucho de no enseñármela. Me refiero al sótano, doctor Kirra.

Éste se quedó cortado durante unos segundos.

—No hay sótano en Rhynie Court —dijo al cabo.

—¿Quiere decirme que los planos que guarda el agente Mac Dugan son falsos? He estado examinándolos antes de venir aquí, doctor, y he podido averiguar que hay un sótano que ocupa toda la extensión del edificio. Quiero examinar ese sótano y en nombre de la Ley le requiero a que no me ponga trabas en el cumplimiento de mi deber.

Los dientes de Kirra chirriaron.

—No permitiré que nadie lo vea hasta que yo no lo juzgue oportuno —barbotó.

—Sentiría tener que recurrir a la fuerza para obligarle a usted a acatar la ley, doctor —expresó el joven duramente—. He venido solo, pero si me obliga a ello, traeré una brigada de agentes de Glasgow. De modo que dejo a su consideración hacer lo que crea más conveniente. Y, además, le advierto que su actitud está resultando contraproducente, sobre todo si tenemos en cuenta ciertas operaciones que usted realizó subrepticamente en el cementerio de Kirlboro, las cuales pasaré por alto de momento. Su

situación no es buena y le recomiendo que no la empeore más todavía, doctor... Jacobson.

Los ojos del médico fulgaron de rabia.

—¡Maldito entrometido! —rezongó. Con gesto brusco se dirigió a la puerta—. Está bien, sígame, inspector.

Cuando llegaban al vestíbulo, las luces oscilaron de pronto, perdiendo intensidad durante algunos segundos. No tardaron mucho, sin embargo, en recobrar su fuerza habitual.

Kirra caminó con paso rápido hasta el laboratorio. Antes de continuar adelante, el joven le detuvo.

—¡Doctor!

Kirra se volvió rápidamente.

—¿Qué desea?

—¿Dónde está la señora Campbellton?

—Arriba, en su dormitorio, supongo.

—Quiero verla en el acto.

Los dos hombres se miraron fijamente durante unos momentos.

—Su insolencia no conoce límites, inspector.

—¡Tráigame aquí a la señora Campbellton, doctor! ¿O prefiere que vaya yo mismo a buscarla?

—En su mandamiento no se habla para nada de la señora Campbellton —protestó Kirra airadamente.

—¿Cómo lo puede asegurar si no lo ha leído siquiera? —sonrió el joven.

Kirra le arrojó una furiosa mirada. Luego, con paso rápido, salió del laboratorio y se encaminó al piso superior. Desde el vestíbulo, Firthbry oyó los golpes que el médico daba en la puerta del dormitorio de la joven.

—¡Señora Campbellton, haga el favor de salir inmediatamente! ¡El inspector Firthbry requiere su presencia!

El joven oyó el ruido de una puerta al abrirse y luego la voz de la muchacha.

—No le creo, doctor. Váyase y déjeme en paz.

Firthbry se adelantó hasta el centro del vestíbulo.

—¡Soy yo, Handa! —exclamó, alzando la voz—. ¿Se encuentra usted bien?

La voz de la joven sonó con una nota de esperanza.

—Sí, Donald.

—Perfectamente. Siga en su habitación y no se mueva de ella hasta que yo lo diga.

—De acuerdo, Donald.

Momentos después Kirra descendió las escaleras.

—¿Está satisfecho ahora, inspector?

—Gracias —contestó el joven secamente.

—¿Temía usted que la hubiera matado? —preguntó Kirra en tono sarcástico.

—No es la primera mujer que fallece a sus manos —replicó él en idéntico tono.

Las facciones de Kirra se crisparon.

—Tuve que hacerlo, no me quedó otro remedio —dijo sordamente—. La enfermedad de Diana era incurable y terriblemente dolorosa. Pero —exclamó de pronto—: Handa está sana, es fuerte y joven...

—Y por conseguirla, cosa en la que ha fracasado, pese a sus esfuerzos, mató a su esposo.

Kirra apretó los labios.

—Aun cuando así fuera, no existe la menor prueba de ello, inspector.

—Quizá tratemos ese asunto con más detenimiento en mejor ocasión —replicó Firthbry—. Ahora, vayamos al sótano.

Passoe salió en aquellos instantes.

—Se había agotado el combustible en el depósito del generador y estuve reponiéndolo —manifestó.

—¿Usan ustedes electricidad propia? —preguntó el joven.

—Sí, dispongo de un grupo electrógeno que me proporciona la energía que necesito —respondió el médico.

—Debe ser mucha, supongo.

—Sí —contestó Kirra secamente. Ya estaban junto al armario de cristal y el científico puso en funcionamiento el resorte de apertura.

Una bocanada de aire caliente y fétido subió al instante por la escalera del sótano. Firthbry reconoció el olor en el acto y sintió una fuerte náusea, que pudo dominar, merced a un poderoso esfuerzo de su voluntad.

El zumbido del generador se oía constante y tenuemente. Firthbry divisó, antes de penetrar en el sótano, una pequeña habitación donde estaba el motor que hacía funcionar la dinamo,

así como unos cuantos barriles de combustible apilados en mi rincón del cuartito. De repente, Kirra abrió una puerta y el sótano apareció ante los ojos del joven.

Durante unos momentos, Firthbry permaneció en silencio, contemplando el impresionante mare mágnun de aparatos, cuyo uso desconocía, aunque sí pudo reconocer entre ellos un radioscopio. El conjunto era enorme y el joven creyó hallarse en el escenario de una película de ficción científica. Pero todo era real, auténtica y positivamente real, se dijo.

—De modo que éste era su secreto —comentó al cabo de unos momentos.

—Así es, inspector —exclamó Kirra, sumamente satisfecho.

—¿Puedo preguntarle para qué sirven todos estos artefactos?

—¿Ha oído hablar usted de los mulantes genéticos? ¿Ha oído hablar de las leyes de la herencia? ¿Ha oído hablar de Mendel?

—Sí, algo he leído al respecto —confesó el joven.

—Yo he conseguido alterar las leyes de la naturaleza —declaró Kirra con acento estallante de orgullo—. Mejor dicho, acelerarlas, si es que vale la expresión, conseguir en unos años lo que de otra forma habría precisado no ya siglos, sino cientos o miles de siglos. ¡Mire!

Con gesto rápido, Kirra fue descubriendo las jaulas una por una, dejando al descubierto su horrendo contenido. Firthbry sintió que se le ponían los pelos de punta al ver los espantosos habitantes de las jaulas.

Había arañas, escarabajos, saltamontes, orugas, lombrices, una fauna animal inferior representada por buen número de sus especímenes, pero aumentados enormemente, a un tamaño inconcebible, decenas y aun cientos de veces mayor que lo habitual. Vio una enorme abeja que media casi un metro de longitud, cuyo aguijón, largo como un puñal, entraba y salía en su abdomen con lentos y fascinantes movimientos; un brillante escarabajo de setenta centímetros de longitud, cuyas potentes tenazas quitinosas se movían incesantemente con siniestros chasquidos; una oruga procesionaria de casi metro y medio de larga, con pelos como los de un perro lobo; un saltamontes con unas patas descomunales y unos ojos facetados de fría y perversa mirada; una araña colosal, doble de la que había entrado en su habitación, como un horrendo pulpo

de nueva especie; lombrices que tenían casi las dimensiones de boas; moscas gigantescas del tamaño de pavos; una fauna delirante, absurda, espantosa, pero real, pavorosamente real, y todo ello en medio de una temperatura sofocante y un hedor horrible.

—¿Qué le parece mi obra, inspector?

—Científicamente, llena de interés. Desde el punto de vista humano, abominable —respondió el joven sin vacilar.

—¿Cómo puede usted hablar de ese modo? —gritó Kirra—. ¡Es mi obra, la obra de un genio, lo más grande que ha existido en el planeta desde que el hombre supo que tenía inteligencia y que no era un animal que se mantenía en pie! ¡Abominable! ¡Usted sí que lo es, inspector!

—Admitámoslo —contestó el joven, sin apartar la vista de aquella horrible colección de seres de pesadilla—. Pero aunque sea una obra magnífica, ¿qué objeto tiene el «fabricar» insectos cuyo tamaño es muchas veces superior al normal?

—¿Qué objeto? ¡La ciencia, inspector! ¡La ciencia, por la ciencia! ¡Ése ha sido mi objetivo y ahora puede confesar que lo he logrado! —Kirra golpeó una de las máquinas con la palma de su mano—. No he hecho otra cosa que influir en las características genéticas de cada generación de insectos, sometiéndoles a poderosas radiaciones, en especial de rayos gamma, acelerando artificialmente una evolución que hubiese tardado de otro forma cientos de siglos, quizá. Ésta es una demostración fabulosa de los poderes del hombre... Pero no he hecho sino empezar, porque después continuaré con mis experimentos en otros animales superiores: pequeños mamíferos, por ejemplo, reptiles, peces... Un día quizá, lo haga con los seres humanos, para mejorar la raza decadente que ahora puebla la Tierra. Éste no es sino el primer peldaño de una escalera cuyo final no conoce nadie, inspector, ni yo mismo.

Firthbry consideró las palabras de Kirra. No se le podía considerar como un loco total, aunque sí con ciertos desvaríos en lo que se refería a la rama de la ciencia que practicaba. Como curiosidad científica, lo que estaba presenciando era más notable, pero con templándolo desde el punto de vista humano, era espantoso, abominable, tal como lo había calificado antes.

—¿Y para conseguir esto, tuvo necesidad de matar? —preguntó de repente.

Los ojos de Kirra fulguraron.

—Es un tema totalmente distinto —contestó.

—Puede que así sea, en su opinión, pero no en la mía, doctor. Ahora tendrá que explicar qué sucedió con la señora Branthill.

—Fueron dos saltamontes que se me escaparon —contestó—. En este tamaño, son auténticas fieras, y atacaron a la primera presa que se les puso a tiro.

—Destruyendo parcialmente los tejidos humanos con sus jugos digestivos. Por lo visto, no tenían bastante con la sangre que habían absorbido de la muerta —apuntó el joven.

—Sí —respondió Kirra—. La mayoría de los insectos se alimentan disolviendo la carne de sus presas con sus potentes jugos digestivos y aspirando después el líquido resultante. Es lo que se llama digestión exógena. Los mamíferos somos seres de digestión endógena, es decir, que se realiza en el interior de nuestro cuerpo.

—Usted les impidió devorar totalmente a la señora Branthill.

—Sí, pero no tuve tiempo de otra cosa que de matar a los insectos. Alguien pasaba cerca y Passoe y yo tuvimos que recurrir a la huida.

—Tras haber borrado todas las huellas, menos una.

Kirra apretó los labios.

—Eso pasó ya, inspector. Fue un descuido, lo confieso.

—Pero que costó la vida a otra persona. Son ustedes muy descuidados, porque no hace muchos días se les escapó otro insecto.

—En el tamaño actual, poseen una fuerza tremenda. El alambre de las jaulas no es suficiente para algunos, tuve que reforzarlas.

—Menos cuando los saca usted por su propia voluntad y los envía a hacer visitas nocturnas —dijo el joven—. Temía demasiado mis investigaciones y dejó una araña en mi habitación, araña que luego hizo desaparecer.

Kirra le miró fijamente.

—No podrá probarlo nunca, inspector —le desafió.

—Es cierto. Pero no le perdonaré el susto que me hizo pasar, se lo digo con toda sinceridad. Aún hoy no me explico cómo no me atacó con más rapidez.

—Hay ciertas características hereditarias que no he conseguido eliminar todavía —aclaró Kirra—. La mayor parte de estos animales son muy sensibles a las bajas temperaturas. Aquí reina

constantemente una media de veinticinco grados centígrados. Ahora, en el exterior, la temperatura es de diez o menos, durante las noches. Esta diferencia térmica embotó, sin duda, la facilidad de movimientos de la araña y por eso se salvó usted.

—Confía en la falta de pruebas para no sufrir ningún perjuicio, ¿no es cierto, doctor?

Kirra emitió una sonrisa maquiavélica.

—Así es, inspector.

—Pero, en cambio, olvida usted un detalle.

El científico arqueó las cejas.

—¿Sí, inspector? —preguntó irónicamente.

—Se lo diré con toda claridad. Será exhumado el cadáver de la señora Branthill y examinado por médicos competentes, los cuales dictaminarán sin el menor género de dudas la clase de muerte que sufrió la infeliz mujer. Esto le acarreará muchos disgustos, indiscutiblemente, pero mientras tanto, clausuraré su laboratorio y le impediré seguir adelante con sus experimentos, en tanto se practica una investigación a fondo. En la cual, por supuesto, se incluirá la muerte del señor Campbelton. Sobre todo —agregó Firthbry— cuando se demuestre de modo concluyente que el cráneo que hay en su sepultura no es el suyo.

—¿Sí? ¿De veras? —sonrió Kirra.

—Sí —afirmó el joven rotundamente—. De momento, le detengo preventivamente, acusado de imprudencia temeraria, de la cual se derivó la muerte de una persona; de exhumación ilegal, profanación de tumbas y ocultación de pruebas de un delito. Y —añadió Firthbry en tono solemne— le prevengo que todo cuanto diga o haga podrá ser tenido en cuenta contra usted en el momento del juicio. En nombre de la ley, dese preso, doctor Jacobson.

Kirra le miró malignamente durante unos momentos. Luego, con gesto repentino y antes de que el joven pudiera reponerse, le asestó un terrible puñetazo en la mandíbula.

CAPÍTULO XV

Firthbry sacudió la cabeza, procurando alejar de su mente las telarañas que la entorpecían. Oyó pasos y unos ligeros chasquidos y luego una sardónica carcajada, de estridentes ecos.

Oyó que se cerraba una puerta en lo alto. Sentóse en el suelo, maldiciéndose por haberse dejado sorprender tan estúpidamente. En el mismo momento, percibió un blando choque contra el suelo.

Miró en torno suyo y abrió los ojos desmesuradamente. Kirra había escapado del sótano, dejando abiertas las puertas de tres o cuatro de las jaulas que contenían aquellos seres infernales.

Una araña de casi un metro de longitud saltó al suelo y movió perezosamente sus velludos tentáculos. Mientras tanto, un enorme saltamontes se esforzaba por estirar sus descomunales patas para salir de su jaula.

La abeja cayó al suelo pesadamente. Sus alas no eran suficientes ahora para mantener el cuerpo en el aire. Las movió con gran rapidez, produciendo un sonoro zumbido.

Firthbry sintió que se le helaba la sangre en las venas. Kirra le había dejado solo en el sótano, a merced de aquellos horribles insectos, tratando de hacerle correr una suerte espeluznante. Tan sólo con que la araña picase una sola vez, podría considerarse muerto en pocos instantes. O si la abeja le clavaba su aguijón, tan largo como un puñal. Moriría con el cuerpo enormemente hinchado por el veneno, en medio de espantosos dolores.

Un escarabajo, con tenazas de más de medio metro de longitud, saltó al suelo. Abrió y cerró las pinzas produciendo un seco tableteo de siniestros ecos. El saltamontes pegó un salto y trepó encima de una mesa mirando al joven con unos ojos de decenas de facetas verde-amarillentas que producían escalofríos.

Firthbry sacó su revólver, a la vez que se decía que no era seguro que el arma produjese los resultados apetecidos. Si se hubiese tratado de un animal de sangre caliente, con tirarle a la cabeza, hubiera terminado de un simple disparo. Pero sabía que muchos insectos disponían de numerosos centros nerviosos, cada uno de ellos a la manera de un cerebro. ¿Dónde tirar si el saltamontes le atacaba?

El zumbido de las alas de la abeja irritó a la araña, la cual se precipitó sobre un ser que había sido su enemigo desde el alborear de los siglos. Los dos animales se enzarzaron en una lucha atroz, espeluznante. Entonces, otro escarabajo manejó sus pinzas y cortó el alambre de su jaula, escapándose de la misma.

Firthbry retrocedió lentamente hasta la puerta, que halló cerrada. Sentía su cuerpo bañado en sudor, tanto por la temperatura como por el pánico que sentía. Dábase cuenta de que una singular excitación se estaba apoderando de los insectos, muchos de los cuales forcejeaban frenéticamente para escapar de sus encierros.

Los dos escarabajos chocaron sus pinzas con estruendo aterrador. La abeja y la araña luchaban con ferocidad inconcebible.

Firthbry empujó la puerta con resultado nulo. Si quería escapar de allí, sólo tenía una solución.

Apartó la vista un instante y apretó el gatillo una, dos, tres veces. La cerradura saltó. En aquel instante oyó un ruido espantoso.

El saltamontes distenció sus patas, cayendo a cuatro pasos del joven. Otra jaula se abrió y una oruga enorme, de más de veinte centímetros de grueso, empezó a reptar para descender al suelo.

El joven apretó de nuevo el gatillo. Sus tres disparos abatieron al saltamontes, el cual quedó medio destrozado, moviendo algunas de sus patas con espasmódicas sacudidas. Pero Firthbry ya no disponía de más cartuchos para rechazar la embestida de cualquier otro insecto.

Pegó un empujón a la puerta y pasó al rellano inmediato. Entonces vio el cuarto de la dínamo.

Aún tenía un recurso para salvarse. Era desesperado, pero no podía hacer otra cosa. Agarró uno de los barriles de combustible y lo hizo rodar hasta la entrada del laboratorio. En el cuarto del generador divisó una barra de hierro, puntiaguda por un extremo y con asa por el otro lado, con la cual perforó el metal del bidón. La

gasolina empezó a derramarse por el suelo. Pegó una patada al bidón y lo hizo rodar unos cuantos metros dentro del laboratorio.

Los animales parecían más excitados a cada segundo que pasaba. Una hormiga gigantesca, del tipo de las carnívoras, rasgó el alambre de su jaula y se precipitó fuera en busca de una presa.

Firthbry ya no vaciló. Se trataba de su propia vida, contra la de unos seres de averno, contra la de unos engendros infernales, muy interesantes desde el punto de vista científico, pero unas bestias feroces al fin y al cabo, a las que era preciso destruir como fuera. Encendió una cerilla y la arrojó sobre el charco de gasolina, la cual se inflamó en el acto con sonoro rebufo.

Una oleada de llamas subió a lo alto en un santiamén, despidiendo un calor intolerable. Los insectos aún encerrados se agitaron frenéticamente en sus jaulas, como presintiendo la suerte que les esperaba.

Firthbry agarró el hierro y echó a correr escaleras arriba. Cuando las llamas alcanzasen los barriles del cuarto del generador, el sótano se convertiría en un infierno. Con fuerzas duplicadas por la desesperación que le infundía la crítica situación en que se hallaba, atacó la cerradura de la puerta superior.

Oyó ruido de pasos tras él. Se volvió rápidamente, viendo que una araña enorme se disponía a atacarle. Firthbry la golpeó salvajemente en la cabeza, en el abdomen, en las patas, empleando todas sus fuerzas. El repugnante animal quedó despedazado en cuestión de segundos.

Pegó una tremenda patada a la puerta y la hizo saltar. Se precipitó fuera, atravesando el otro laboratorio con la velocidad de un huracán, y subió al piso superior.

—¡Handa! ¡Salga, pronto! ¡La casa está ardiendo!

Oyó pasos al otro lado de la puerta.

—No puedo, el doctor me ha encerrado, Donald —contestó ella, tremendamente angustiada.

—Apártese —gritó él.

Reunió todas sus fuerzas y cargó contra la puerta, haciendo saltar la cerradura. Handa se le apareció ante sus ojos, en camión, contemplándole con ojos de espanto.

—Venga, pronto —gritó él—, no hay tiempo que perder.

Cogió una bata y se la echó por encima, arrastrándola a viva

fuerza. Cuando cruzaban el vestíbulo, oyeron la primera explosión. Un rojo fognazo hirió sus retinas.

—La gasolina del sótano está ardiendo —gritó él, mientras abría la puerta exterior y se precipitaba al jardín, sin soltar a la muchacha ni un solo instante.

Sonaron más explosiones. Las llamas brotaban ya al exterior con fuerza incontenible, arrojando grandes resplandores rojos que disipaban las tinieblas de la noche a gran distancia.

Un hombre salió huyendo de la casa. Era Passoe, el ayudante del doctor Kirra. El brasileño aparecía lívido de espanto.

Alimentado por la gasolina el incendio crecía con gran rapidez. Firthbry llevó a la muchacha a lugar seguro, desde donde podían contemplar el siniestro sin riesgo alguno.

—Lo siento, Handa, pero no tuve otro remedio que hacerlo para salvar mi vida.

Ella movió la cabeza.

—No me importa, en absoluto, Donald. Si no lo hubiera hecho usted, yo abrigaba la intención de hacerlo cualquier día, en cuanto hubiese tenido la menor ocasión para ello, en cuanto hubiese podido eludir la vigilancia de Kirra. Me alegro de que haya incendiado el sótano, de que haya matado así a unos seres infernales que no deben existir. Es lo mejor que podía suceder, Donald.

Las llamas rugían impresionantemente. Firthbry se dio cuenta de pronto de que Passoe estaba a su lado.

—¿Dónde está el doctor? —preguntó.

El brasileño movió la cabeza significativamente.

—¡Se quedó en la casa! —gritó el joven.

—Sí. Estaba trabajando en su despacho...

Súbitamente, Handa lanzó un fuerte grito.

—¡Mire, Donald! ¡Allí, en aquella ventana!

Un hombre apareció en una de las ventanas del segundo piso, después de haberla abierto de par en par. Las llamas que se agitaban furiosamente por detrás de él delimitaban su silueta con toda nitidez.

Firthbry soltó a la joven y echó a correr hacia la casa.

—¡Salte, doctor! —gritó—. ¡Todavía puede salvarse!

Kirra permaneció inmóvil, con los brazos extendidos, como si

mantuviera abiertos los dos batientes de la ventana. Tras él, el incendio rugía devorador, incontenible.

—¡Salte! ¡Aún puede hacerlo! —gritó el joven.

Kirra no contestó; parecía haberse convertido en una estatua. El calor era ya intolerable y no permitía la estancia a corta distancia de la casa. Un par de vigas se desplomaron con tremendo estrépito, enviando a lo alto un turbión de chispas.

Cayó una de las paredes. En medio del estruendo de los muros que se agrietaban y se derrumbaban, entre el fragor de las vigas que cedían y el bramido de las llamas, Firthbry creyó oír unos aullidos infrahumanos, unos alaridos que procedían de unos seres infernales que eran devorados implacablemente por el incendio.

Cubriéndose el rostro con la mano, retrocedió poco a poco. Bruscamente, toda el ala izquierda del edificio cedió, hundiéndose de golpe. Kirra se hundió súbitamente, desapareciendo en el centro de un infernal vórtice de fuego, cuyas llamaradas ascendieron a gran altura.

Empezaron a oírse gritos. Los habitantes de Kirlboro acudían apresuradamente.

Firthbry se reunió con Handa y rodeó sus hombros con el brazo. Ella se refugió en su pecho, temblando aun estremecida por el espanto de los últimos momentos.

Passoe estaba a su lado. El joven le dirigió una severa mirada.

—Los jueces serán benévolos con usted si declara todo lo sucedido.

El brasileño se humedeció los labios. Estaba acobardado.

—Sí, inspector; lo confesaré todo.

Luego, Firthbry volvió los ojos hacia el joven.

—Creo que todo se ha terminado ya, Handa —dijo—. Bueno, o está a punto de terminarse.

Ella lanzó un profundo suspiro.

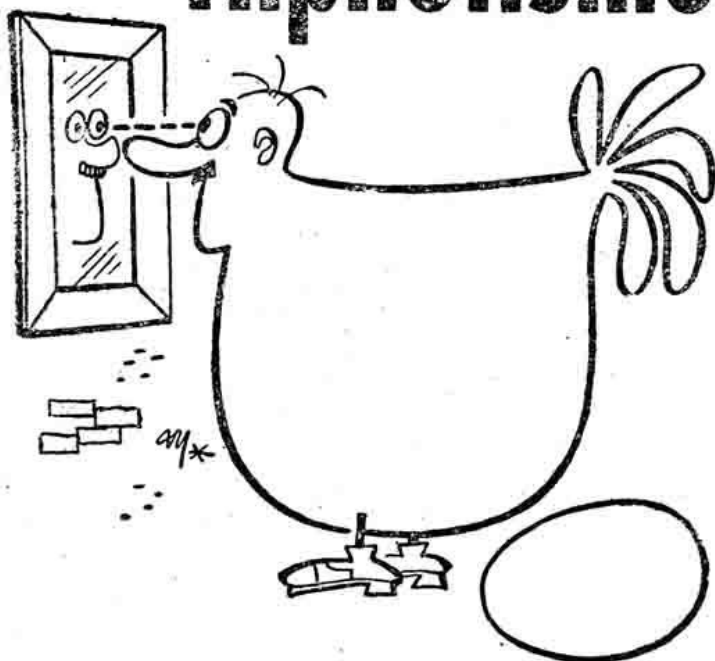
—Sí, Donald —dijo, apretándose instintivamente contra él.

El joven suspiró también. Aunque ninguno de los dos se había confesado mutuamente sus sentimientos tenía la seguridad de que Handa le necesitaba.

Y el, por su parte, haría todo lo posible para relegar al polvo del olvido el horror en que ella había vivido durante los últimos años.

FIN

Hipnotismo



¿Sabe usted ya si tiene dotes de hipnotizador?
¿Sabe, por el contrario, si su temperamento
hace de usted una persona fácilmente hipno-
tizable?

Pruébelo.

MARABU ZAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.





Psicosis

¿CONOCE USTED

... las horrendas curaciones a que eran sometidos los dementes en los siglos de la ignorancia y la superstición?

Leyendo este MARABU-ZAS podrá hablar usted de la importancia del subconsciente, el sentido de la vida, el inconsciente colectivo, la teoría de los reflejos...



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

LOS ANTEPASADOS DEL HOMBRE

¿DESCIENDE
EL
MONO
DEL
HOMBRE?



De ello está seguro
el profesor Bonfanti.
(Y presenta pruebas).
Pero, ¿no afirmaban
los darwinistas que es
el hombre quien des-
ciende del mono?

MARABU
ZAS

EDITORIAL BRUGUERA S. A.



**veterano
tiene eso
un veterano
sabor**

VETERANO ES DE OSBORNE
VETERANO ES O S, CORAC



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. * Impreso en España - Printed in Spain